2257

LA COMEDIANTA DE ANTAÑO,

DRAMA EN TRES ACTOS,

PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO, Y TERMINADO EN UN EPÍLOGO.

POR

DON PATRICIO DE LA ESCOSURA,

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

MADRID:
EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1867.

LA COMEDIANTA DE ANTAÑO.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/lacomediantadean1638esco

LA COMEDIANTA DE ANTAÑO,

DRAMA EN TRES ACTOS,

PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO, Y TERMINADO EN UN EPÍLOGO,

POR

DON PATRICIO DE LA ESCOSURA,

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Representado por primera vez en el teatro de Jovellanos, el 20 de Noviembre de 1867.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1867.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon e Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL EXCMO. SEÑOR

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS,

SECRETARIO PERPÉTUO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Príncipe de nuestros poetas cómicos contemporáneos;

dedica este Drama,

su entusiasta admirador y apasionado amigo:

Patricio de la Escosura.

PRÓLOGO.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARIA, 17 años.....	SRA. ROMERAL.
BÁRBARA CORONEL, comedianta, 25 años.....	SRA. VALVERDE.
CELESTINA, dueña, 40 años.	SRA. GARCIA.
RAMIRO NUÑEZ, de soldado galan de la guarda española, 20 años..... ..	SR. MORALES.
CARRILLO, su criado, 25 á 30 años,.....	SR. MARIO.
JUAN RANA, comediante gracioso, 40 á 50 años...	SR. ZAMACOIS.
CRISTÓBAL DE AVENDAÑO, autor de compañia cómica, 40 á 50 años....	SR. ALISEDO.
UN MESONERO.....	N. N.
SOLDADOS 1.º, 2.º, 3.º Y 4.º	
ARRIERO 1.º.....	N. N.
UNA GRACIOSA, canta...	N. N.

Comediantes, comediantas, arrieros y soldados.

La accion pasa en un meson de Carmona; año de 1624.

PRÓLOGO.

CUADRO PRIMERO.

LA VOCACION.

Zaguan de un meson á la entrada de Carmona. Al foro puerta cochera que da vista al corral, donde ha de verse la *carreta* de la compañia de comediantes. Á la derecha del actor un soportal; debajo de él dos ó tres puertas pequeñas, y encima una galeria con barandilla y tantas puertas como abajo; unas y otras numeradas. De las tablas al corredor ó galeria, se sube por una escalera que habrá al foro derecha. Á la izquierda, en primer término, la puerta que comunica con la exterior; y en segundo la de la cocina del meson.

Al levantarse el telon aparecen: 1.° dos grupos de soldados jugando los unos á los dados sobre el tambor, y los otros á la morra: 2.° al proscenio, izquierda, el Comediante 1.°, sentado en un banquillo, con guitarra, y acompañando á la Graciosa, que canta en medio de un corro de soldados y arrieros: 3.° Juan Rana al proscenio derecha, sentado y de mal humor: 4.° otros comediantes de uno y otro sexo, re-

611347

partidos en grupos, sentados, de pie, y algunos tendidos durmiendo. Algunos arcabuces ó mosquetes bajo el soportal. Supónese que está acabando de amanecer; el teatro va iluminándose gradualmente hasta que, al principio de la escena tercera, sea de dia claro.

ESCENA PRIMERA.

JUAN RANA, LA GRACIOSA, COMEDIANTE 1.°, SOLDADOS, COMEDIANTES, COMEDIANTAS, ARRIEROS.

CORO DE SOLDADOS Y ARRIEROS.
Dá bienes fortuna
que no estan escritos:
cuando pitos, flautas!
cuando flautas, pitos!

GRAC. (Cantando.)
No llore el que pierde,
no ria el que gana;
hoy la rosa es grana
y ayer era verde.
Si hay hambre que muerde
tambien hay ahitos.

GRAC. y CORO. ¡Cuando pitos, flautas!
cuando flautas, pitos!
(Aplauden los del coro. La guitarra sigue.)

SOLD. 1.° (Echando el dado.)
Maldita música!... Cuatro.

SOLD. 2.° ¡Y yo seis!

SOLD. 1.° ¡Suerte traidora!

SOLD. 3.° Siete. (Jugando á la morra con el 4.°)

SOLD. 4.° Nó, son cinco dedos:
has perdido.

SOLD. 3.° ¡Tú me embrollas!

ARRIERO. ¡Otra coplita, salada!

COM. 1.° Basta ya.

ARRIERO. No basta.

TODS. ¡Otra!

GRAC. (Cantando.)

Por el matrimonio
rabia la doncella;
casada la bella,
(y no es testimonio)
viudez al demonio
le pide, y á gritos!

GRAC. y CORO. ¡Cuando pitos, flautas!
cuando flautas, pitos!

(Aplauden todos. El tambor toma la caja y acompaña al coro. Bailan hombres y mujeres.)

ESCENA II.

JUAN RANA, SOLDADO 1.°, ARRIERO 1.°, los demas al proscenio; BÁRBARA CORONEL, en la galeria.

BARB. ¿Quereis callar, desalmados?
SOLD. 1.° ¿Princesa, el canto la enoja?
ARRIERO. Pues al que no quiere caldo...
SOLD. 1.° ¡Otra coplita!
SOLDS. y ARRIERO. ¡Otra! ¡otra!
BARB. ¿Quereis matar á la enferma,
canalla alborotadora?
¡Pues si me enojo, por Cristo,
que ha de haber cabezas rotas!
SOLD. 1.° ¡Ay, qué miedo!
ARRIERO. ¡Ucé perdone!
SOLD. 1.° ¿Lo que viste, es falda ó cota?
JUAN. ¡Bárbara! ¡Por santa Tecla!
SOLDS. ¡Guarda la fiera!
ARRIEROS. ¡La loba!
BARB. ¡Ea, cantad, cantaré
yo tambien por esta boca!

(Baja á las tablas, apodérase de un arcabuz, y amenaza con él á los Soldados y Arrieros.)

SOLD. 1.° ¡Es una furia!
ARRIERO. ¡Es un diablo!
JUAN. ¡Mirad que es un *Serrallonga*
mi sobrina!
BARB (Siempre con el arcabuz en la mano.)
Lo que soy
es una robusta moza,

á quien soldados y arrieros,
¡Vive Dios! que no la asombran.

SOLD. 1.° ¿Uno á uno?

BARB. ¡Veinte á veinte!

ARRIERO. ¡Qué estómago!

BARB. ¡Carambola!

JUAN. (Ap. á ella.)
¡Con tu cabeza y la mia
la harán, si así los provocas!

BARB. Juan Rana, dejadme en paz.

JUAN. ¡Paz contigo! ¡Rara cosa!

BARB. (Dejando el arcabuz.)
Caridad es lo que pido.

ARRIERO. ¡Y blandamente la implora!

BARB. En un meson, y con ellos,
no caben más ceremonias.
Allá arriba hay una enferma:
vuestros cantares la asordan.

SOLD. ¿Y qué tiene? ¿Mal de madre?

BARB. Ese es el mal que la agobia;
que ha dado á luz dos mellizos.

ARRIERO. ¡Digo, que es brava mondonga!

BARB. Ni lo es ella, ni hay ninguna
en la compañia cómica
de Cristóbal de Avendaño.

SOLD. 1.° ¡Que viene á honrar á Carmona!

BARB. De paso, y mal que le pese,
aquí se detiene ahora.

ARRIERO. Dejando atrás el bagaje.

SOLD. 1.° Y olvidándose la bolsa.

JUAN. ¡Ay! pasó á *peores* manos.

BARB. ¿Para qué sirven la horca,
la justicia, los soldados,
la insoportable carcoma
de pechos y de tributos
que nuestra sangre devoran,
si en los caminos de España
á todo cristiano roban?

JUAN. ¡Sobrina, á tu canto llano!

BARB. ¡Tio, basta de salmodia!

ARRIERO. Pero, en fin, ¿qué os sucedió?

BARB. Breve y fácil es la historia.

Nuesto rey Felipe Cuarto,
vino á visitar las costas
de Andalucia: obsequióle
leal Medina-Sidonia,
en su soto de doña Ana,
con las fiestas más suntuosas
que de vasallo á su rey
recuerda humana memoria...

JUAN. Y como no hay en España
fiestas ya sin farsa cómica,
trajo el duque de Madrid
nuestra alegre vaga tropa...

BARB. Y abrumados de laureles,
y con paga generosa,
volviamos á la córte...

JUAN. ¡Mas, ay!... Á dos leguas cortas
de aquí, y esta madrugada,
sin ley ni misericordia,
diez feroces bandoleros
de nuestro haber nos despojan.

SOLD. 1.° Pagarán con las setenas;
venganza tendreis y pronta,
que allá vamos.

BARB. ¡Muerto el asno!

ARRIERO. ¡Socorro de España!

JUAN. ¡Ay!

SOLD. 1.° ¿Llora?

JUAN. ¿Qué he de hacer, cuerpo de Cristo?

ARRIERO. En poca agua se me ahogan
los farsantes *de la legua.*

BARB. De *número* y con diploma
del Consejo de Castilla.
No es la nuestra de esas tropas
donde se acogen el pícaro,
el perdido, el fraile apóstata;
donde el arte se hace oficio,
las comedias se destrozan,
del vicio se da el ejemplo,
y la virtud se baldona.

ARRIERO. ¡Perdone vueseñoria!

SOLD. 1.° ¡Dispense su alteza cómica!

JUAN. La verdad es, caballeros,

que acá somos de otra estofa
que la gente de la legua;
pero tambien que, á estas horas,
no nos queda más arbitrio
que pedir una limosna.

ARRIERO. Hagan comedias.

SOLD. 1.° Es cierto.

JUAN. Imposible.

ARRIERO. ¿Qué lo estorba?

JUAN. Quedó el galan en Sevilla.

BARB. Estando yo aquí, no importa;
que Bárbara Coronel,
igualmente se acomoda,
que al coleto, á la cotilla,
y al sombrero que á las tocas.

JUAN. Siempre fuiste un marimacho.

BARB. ¡Señor tio!

JUAN. Y ya en tus cosas
ha entendido la justicia,
y yo he pagado las costas.

SOLD. 1.° ¡Si hace el galan!

JUAN. ¿Y la *dama*?

ARRIERO. ¿Tambien falta?

BARB. Es la matrona,
que, papeles de doncella
haciendo á pedir de boca,
en aquel camaranchon
con sus *dos hijos* reposa.

SOLD. 1.° ¡Digo que es gran contratiempo!

ARRIERO. (Ap. al Soldado.)
Pues escurramos la bola,
no nos socaliñen estos!

SOLD. 1.° Limpióme el dado la bolsa.

(Apártanse y, sucesivamente, salen de la escena, en diferentes direcciones, todos ménos los personajes de la siguiente.)

ESCENA III.

BÁRBARA, JUAN RANA.

BARB. ¿Qué haremos, señor Juan Rana?

JUAN. Penitencia y punto en boca.
BARB. ¿No fiará el Mesonero?
JUAN. Ni un torrezno y unas sopas.
BARB. ¿Avendaño no hallará?...
JUAN. ¿Quién le conoce en Carmona?
BARB. Recitemos cualquier farsa.
JUAN. Si no es comedia y *famosa*,
el corregidor su vénia
para recitar no otorga.
BARB. ¡Ese hombre es un ostrogodo!
JUAN. Si quieres, un Barbaroja;
pero manda, y si chistamos,
nos empluma ó nos azota.
BARB. ¿Hemos de morir de hambre?
JUAN. Á *su merced* ¿qué le importa?
BARB. ¿Para cuándo es el ingenio?
JUAN. No sirve contra la soga.
BARB. Pues algo habremos de hacer.
JUAN. Dormirnos como marmotas.
RAM. (Dentro.) ¡Ah del meson! ¡Hola, huésped!
BARB. ¡Gente nueva!
JUAN. ¡Y que echa roncas!
CAR. (Dentro.) ¡Mesonero!
MESON. (Id.) ¡Voy, señores!
JUAN. Al humo cuelgan, orondas,
unas morcillas allí:
(Señalando la cocina.)
si alguna, mientras aloja
el Mesonero esos huéspedes...
BARB. Juan Rana, no teneis honra...
JUAN. Tengo falta de moneda,
y un hambre que me devora.
(Váse á la cocina.)

ESCENA IV.

BÁRBARA, MARIA, CELESTINA, RAMIRO, CARRILLO, el MESONERO.

Maria, de camino, con sombrerillo y antifaz, que se quita al sentarse; su traje será modesto, pero airoso. Celestina, de dueña; Ramiro, de soldado de la guarda española; Carrillo, de criado; los dos con botas y espuelas. Maria, visiblemente acongojada, se sienta en un banco al proscenio. Celestina la asiste, y Bárbara se llega tambien á socorrerla.

RAM. (Al Mesonero.)
Desayuno para todos:
aposento á estas señoras.
MESON. ¿Y quién paga?
RAM. ¡Yo, belitre!
MESON. Su gallardia le abona,
señor soldado: no obstante...
CAR. ¡Obedezca y no responda!
MESON. Hermano, en este meson
no hay más *señor* que la bolsa.
RAM. (Ap. á Carrillo.)
Dale dinero y que calle.
CAR. ¡Ya dimos con *doña Otra*!
(Aparte, llevándose al Mesonero: enseñandole una bolsa al Mesonero. Vánse á la cocina.)

ESCENA V.

DICHOS, ménos CARRILLO y el MESONERO.

RAM. (Llegándose al grupo de las mujeres.)
¿Que no vuelve en sí esa niña?
CELEST. ¡Aun le dura la congoja!
MARIA. ¡Ay, madre!
BARB. ¡Qué voz tan dulce!
RAM. El arrullo es de la tórtola.
BARB. (¿Y serás tú el gavilan?)
MARIA. ¿Dónde me encuentro?
BARB. En Carmona.

RAM. Segura de todo riesgo.
MARIA. (Á Celestina.)
¿Y qué va á ser de nosotras?
RAM. Si el haber sido robada
os aflige, niña hermosa...
BARB. ¿Disteis con los bandoleros?
CELEST. ¡Y robáronnos las joyas
y el dinero; y qué sé yo
en qué pararan las cosas,
si á los ayes de mi niña
y á mi voz atronadora,
no enviara á este caballero
de Dios la misericordia!
RAM. Con mi criado llegué,
por dicha, á tan buena hora,
que pude estorbar un crímen.
MARIA. ¡Y salvándome la honra,
me habeis hecho vuestra esclava!
RAM. Más feliz que meritoria
mi accion fué.
MARIA. Yo la agradezco.
RAM. Y así la pagais de sobra.
BARB. (Quiera Dios que en eso quede.)
RAM. Deponed toda zozobra.
Yo soy un humilde hidalgo,
sirvo en la guardia española;
mas favorecióme el juego
y sóbranme algunas doblas,
que pongo á vuestro servicio,
doncella menesterosa.
MARIA. ¿Os pedí yo, por ventura,
señor hidalgo, limosna?
RAM. ¡No se ofenda, reina mia!
BARB. (Saltó como una leona!)
CELEST. (Ap. á Maria.)
¡Mira que estamos sin blanca!
MARIA. Sé que es negra la deshonra!
RAM. ¿Teneis amigos, parientes?...
MARIA. No; que en el mundo estoy sola!
RAM. ¿Dinero en alguna parte?
MARIA. ¡Hoy perdí mi hacienda toda!
RAM. Otra vez vuelvo á ofreceros...

MARIA. ¡Y yo á rehusar mil otras!
BARB. (Me prenda esta criatura!)
CELEST. (Esta muchacha está loca!)
RAM. Aunque ligero, el servicio
que os presté, niña briosa,
merezca...
MARIA. Ya ha merecido
ser eterno en mi memoria,
y que, olvidando el agravio,
aun os vea y aun os oiga.
RAM. Y esos ojos hechiceros
que fulminan si se enojan,
y matan si blandos miran,
y deleitan cuando lloran,
en mi corazon se entraron
y el alma y vida me roban.
MARIA. ¿Tan presto?
RAM. Para matar,
al rayo un instante sobra.
MARIA. ¡Discreto galan!
RAM. ¡Amante!
MARIA. La llama teneis muy pronta:
será fugaz.
RAM. ¡Será eterna!
MARIA. Si amor nuevo no la sopla.
RAM. ¡Discreta es tambien la dama!
MARIA. ¿Buscabais la *dama boba*?
RAM. ¿Comedias sabe?
MARIA. Y recita.
BARB. ¿De profesion?
MARIA. No señora:
deleite, en mejores dias,
me ofreció la escena cómica.
RAM. ¿Quedamos?...
MARIA. En que agradezco.
RAM. ¡Y que no amais?
MARIA. Aun no es hora.
RAM. Y, ni á título de amigo,
quereis compartir mi bolsa?
MARIA. El oro es metal pesado:
no hay vínculo que no rompa.
RAM. Pensadlo bien: os robaron

y estais en el mundo sola:
un hidalgo se os ofrece,
y es un hombre que os adora.
Los riesgos de la pobreza
son muchos: niña y hermosa,
mas que milagro será
si de ellos salis con honra.
No me respondais; me espera
un amigo: antes de un hora
volveré: decidme entonces:
«no me niego á ser dichosa.»
(Váse por la izquierda.)

ESCENA VI.

MARIA, BÁRBARA, CELESTINA.

Maria se sienta pensativa; Celestina se le acerca ansiosa; y Bárbara las observa con interés.

CELEST. No hay que hacer melindres,
preciso es vivir;
y no hay en tu bolsa
ni un maravedí.
MARIA. Lo sé, Celestina.
CELEST. ¿Qué harás, infeliz?
¿Volver á tu tio?
MARIA. ¡Primero morir!
CELEST. ¿Cómo viviremos?
MARIA. ¿Qué sé yo? ¡Ay de mí!
CELEST. Dar quiere ese hidalgo...
MARIA. Yo no recibir.
CELEST. ¡Galan es!
MARIA. ¡Y mucho!
CELEST. ¿No te agrada?
MARIA. Sí.
CELEST. Por tí ha peleado...
MARIA. Lidió como un Cid.
CELEST. ¿No se lo agradeces?
MARIA. ¿Qué quieres decir?
CELEST. Que tiendas la mano,
mendiga, á algun ruin

que te dé una blanca,
y no sin gruñir;
ó aceptes la oferta
de tu paladin.

MARIA. Él me ha requerido
de amores.

CELEST. Lo oí.

MARIA. ¿Y quieres que acepte?
¡Mujer, eres vil!

BARB. ¡Más que pese al diablo,
muy bien lo decis!

CELEST. ¿Y á ella quién la mete?...

BARB. Silencio el mongil;
y vos, niña hermosa,
atenta me oid.
Yo soy un medio hombre,
aunque hembra nací;
varon en alientos,
mujer en sentir;
y me cautivasteis
al punto que os ví.
Vos estais sin blanca,
yo sin un florin;
peligrosa oferta
noble resistis;
y vengo á deciros
que os puedo servir,
si haceis confianza
entera de mí.

MARIA. Ganar puedo en ello,
si verdad decis;
perder no es posible
más que ya perdí;
y en vuestro semblante
y voz varonil,
hay, no sé qué encanto,
que cautiva en fin.

CELEST. ¡Mira lo que dices! (Á Maria.)

BARB. ¡Ojos de perdiz,
si no calla!... Niña!
sin ser un Merlin,
fácil adivino

que de casa huis.

MARIA. ¡Ay! No os engañasteis.

BARB. La dueña...

MARIA. Impedir
ni debió, ni pudo...

CELEST. Ni hubiera alguacil
que se lo estorbara.

MARIA. Mi desdicha oid:
Yo soy hija de un soldado
de fortuna y sin fortuna;
perdí á mi madre en la cuna;
mi padre fué reformado:
esta mujer me ha criado,
á ella sola llamé madre,
y hoy, que me falta mi padre,
y mi único deudo abjuro,
su amparo y sombra procuro,
aunque en todo no me cuadre.
Criéme como hija sola:
mi voluntad fué mi código.
Mi padre, aunque pobre, pródigo,
como de sangre española,
vendiera por mí su gola;
y tuve joyas y galas;
de grandes frecuenté salas,
saraos, justas, comedias;
y hasta llegar mis tragedias,
para mí no hubo horas malas.
Florecí, como la rosa,
sobre espinas, ignorando
que no me estaban guardando
por ser la flor más preciosa;
sino, con rabia envidiosa
de mi efímero esplendor,
y en silencioso furor
espiando mi caida,
para tejerme una vida
de congojas y dolor.
Quedé huérfana habrá un año,
con deudas por toda herencia.
Un pariente sin conciencia,
para mi casi un extraño...

CELEST. ¡El vejete más picaño
y avaro de Andalucia!
MARIA. Otro amparo no tenia,
mi tutor la ley le hizo...
CELEST. Prendóse de ella el erizo,
monja, ó suya la queria.
MARIA. Entre el horror á sus brazos
y el temor á la clausura,
que, aunque santa, es ligadura
eterna la de sus lazos,
desecha el alma en pedazos,
y perdido casi el juicio,
por huir de un precipicio
en otro he venido á dar!
BARB. ¿Quereis al viejo tornar?
MARIA. Antes fuera al sacrificio.
BARB. Y, en puridad... ¿ese mozo?...
MARIA. Hoy le ví la vez primera.
BARB. ¿Os place?
MARIA. Más que quisiera.
BARB. Os lo digo sin embozo:
si tomais, dais en un pozo
más profundo que el del viejo.
MARIA. Santo y bueno es el consejo:
pero no era menester.
BARB. No hay, niña, buen parecer
que nos excuse el espejo.
En fin, vos habeis perdido
vuestra hacienda.
MARIA. Es la verdad
BARB. Y teneis necesidad
de tomar aquí un partido.
MARIA. ¿Cuál puede ser?
BARB. ¿Os he oido
que recitais?
MARIA. Recité,
por aficion, y agradé.
BARB. ¿Un entremes andaluz?
MARIA. *La Devocion de la Cruz*!
BARB. ¿La dama hicisteis?
MARIA. Si á fe.
BARB. ¡Sereis nuestra salvacion,

y vos misma os salvareis!

MARIA. ¿Cómo será?

BARB. Si quereis
entrar en mi profesion.

MARIA. ¿Y cuál es, en conclusion?

BARB. Yo soy una *comedianta.*

CELEST. ¿Mi niña ha de ser *farsanta*?

BARB. ¿Queréisla más vagamunda?
¡En sus virtudes se funda,
que no en su oficio la santa!

MARIA. Ni mi estado miserable
consiente largo litigio,
ni, si Dios no hace un prodigio,
mi salvacion es probable.
Si el náufrago no ase el cable
que mano pia le tiende,
la ley natural ofende,
y culpa en su muerte lleva.
¿Qué estudios pedis, qué prueba
á quien ser vuestro pretende?

BARB. Esa gentil apostura,
ese profundo sentir,
ese discreto decir
y esa hechicera hermosura,
prendas son ya de *figura*
que envidiarán más de cuatro
de las que hoy en el teatro
tan adoradas se ven,
que apenas dicen: *amen*,
cuando oyen: «*Yo te idolatro.*»
Mas podéisle recitar,
por fórmula, á nuestro *autor*,
algunos versos de amor
que os sea fácil recordar.
Yo le voy, niña, á avisar;
dad el negocio por hecho,
y esta tarde al agua el pecho!

MARIA. ¿Cómo? ¿Tan pronto ha de ser?

BARB. No tenemos que comer:
¡conque á pasar el estrecho!
(Váse por donde lo hizo Juan Rana.)

ESCENA VII.

MARIA, CELESTINA.

CELEST. ¿Que te dás á la carátula?
MARIA. Dí que la tomo por hambre.
CELEST. Cuando te ofrece un galan...
MARIA. Si te pesa acompañarme,
Celestina, hasta la escena,
libre eres, puedes marcharte;
mas, si has de vivir conmigo,
recuerda quién fué mi padre,
y que no, por comedianta,
me conviene deshonrarme.
CELEST. Yo por tu bien te lo dije.
MARIA. Pues olvidémoslo y baste.
CELEST. ¡Ay, niña! ¡Tanta altivez
en la pobreza, es mal grave!
MARIA. Si el pobre humilla la frente,
¿quién no se atreve á pisarle?
CELEST. Y cuando el pobre es soberbio,
su desdicha es incurable.
MARIA. Calla, que viene el hidalgo.
CELEST. (Haga el diablo que él te ablande.)

ESCENA VIII.

MARIA, CELESTINA, RAMIRO.

RAM. Bien hallada sea mil veces
mi hermosa doncella errante;
la del hechizo en los ojos,
la del encanto en el talle,
la de la voz toda amores,
y el corazon de diamante.
MARIA. Bien venido el caballero
cortés, valeroso, afable,
que tan bien como la espada
esgrimir la lengua sabe.
RAM. Pues más que la lengua dice
el corazon siente amante.
MARIA. ¡De pólvora debe ser

corazon tan inflamable!

RAM. Si esos ojos son centellas,
¿qué milagro que le inflamen?

MARIA. Muy pronto será ceniza
lo que tan súbito arde.

RAM. Siglos abrasa el volcan
que se enciende en un instante.

MARIA. ¿Sois poeta?

RAM. No: soldado.

MARIA. No bisoño en lides tales.

RAM. Es amor un gran maestro.

MARIA. Y aprovechado el cursante.
Mas basta ya de Amadís,
que, en nuestro siglo, sus lances
nos ha probado que son
quimeras locas, Cervantes.

RAM. ¡Válame Dios por doncella!

MARIA. ¡Válame Dios por andante!

RAM. Pues que en prosa, niña mia,
lisa y llana es bien que os hable,
vuelvo á renovar mi oferta.

CELEST. (Podrá esta loca negarse?)

MARIA. Y yo vuelvo á agradecerla.

RAM. Fuera mejor la aceptáseis.

MARIA. Caballero, mi desdicha,
negarlo no puedo, es grande;
mi necesidad extrema,
y vuestra oferta galante.

RAM. De corazon.

MARIA. Yo lo creo.

RAM. ¿Sabeis que os amo?

MARIA. Y me place.

RAM. ¿Luego aceptais?

MARIA. Eso no.

CELEST. (Con su fortuna dió al traste!)

RAM. Confieso que no os entiendo.

MARIA. Pues entenderme es muy fácil.
Esta noche, en el camino,
vida y honra me salvásteis;
y sois galan, yo mujer;
experto sois, yo ignorante;
me requebrais, yo os escucho;

lo que siento Dios lo sabe:
pero yo, que, si algun dia
es posible que me ablande,
tambien que no hay en el mundo
riquezas con que comprarme.

RAM. ¿Pensais que en *Ramiro Nuñez*
tan vil propósito cabe?
¿Quereis á vuestra hermosura
su dulce imperio negarle?

MARIA. *Pienso* que el don que reciba
forzoso será que pague;
Y quiero, si llego á amar,
sepa el mundo que es de balde.

RAM. ¿Y qué hareis, niña infeliz,
en tan apretado trance?

MARIA. Á mi salvacion, Ramiro,
una puerta aquí se abre.

CELEST. ¡Buena puerta! *Comedianta*
la desdichada se hace.

RAM. ¡No es posible!

MARIA. Es la verdad;
y excusad argumentarme,
que estoy resuelta; y lo haré
pese á todos los pesares.

RAM. ¿Sabeis qué vida os espera
de laboriosos afanes,
de privaciones sin cuento,
de peligros y de azares?

MARIA. ¡Cuando el sudor de mi frente
sustento escaso me gane,
con orgullo comeré
el pan que me alimentare!
¡Peligros decis!... ¿Qué importa?
No hay victoria sin combate,
y no hay victoria mayor
que uno á sí propio bastarse.
¡Azares!... Siempre en la vida
le asaltan al viandante;
que en el teatro del mundo,
mezclados bienes y males,
así alcanzan al señor
como al mísero farsante.

Pobre nací y sin ventura,
mas con un alma tan grande,
que, estrecha en la realidad,
como el águila arrogante,
hasta el sol quiere subir
y cara á cara mirarle.

RAM. ¡Tambien subió Faeton!...

MARIA. Cuando llegue á despeñarme,
con la gloria del intento
tendrá mi fama bastante.

CELEST. ¡Perdiste el juicio, Maria!

RAM. ¡Reflexionadlo bien antes!

MARIA. La *vocacion*, si es perfecta,
no ha menester razonarse;
se siente, y con eso basta:
mas vienen los comediantes,
y van á ponerme á prueba;
¡por Dios, tranquila dejadme!

ESCENA IX.

MARIA, RAMIRO, CELESTINA, BÁRBARA, JUAN, AVENDAÑO, COMEDIANTES, COMEDIANTAS, MESONERO, SOLDADOS, ARRIEROS.

BARB. Miradla. (Á Avendaño.)

AVEND. ¡Hermosa mujer!

BARB. ¿No dije ya que es un ángel?

JUAN. (¿Angélico de meson?
¡Del diablo debe ser paje!)

BARB. Niña, este es Avendaño,
nuestro autor: si ha de ajustarse,
con él se entienda.

AVEND. Los tiempos,
doncellita, son fatales;
no podemos competir
con enanos y gigantes,
con fieras y volteadores,
que pululan en las calles;
y poco podreis ganar,
aunque es difícil el arte.
Entrais hoy en el oficio...

MARIA. Poco basta á contentarme.
BARB. La hareis *partido* de dama.
AVEND. ¡Como seais vos quien la pague!
RAMIRO. (Ap. á Avendaño.)
Llevadla á Madrid, Cristóbal;
lo demas no os embarace.
AVEND. ¡Señor marqués! (Ap. á Ramiro con asombro.)
RAMIRO. ¡Ni una sílaba!
Y no volvais ni á mirarme.
BARB. ¿Avedaño, en qué quedamos?
AVEND. Como siempre, en cuanto os place.
BARB. (¿Qué habrán hablado en secreto?
¿Quién será el hidalgo andante?)
AVEND. *Dama* será, mas la prueba
no hay medio de dispensarle.
JUAN. ¡Es de rigor!
BARB. Hija mia,
la comedia que le cuadre...
MARIA. *La devocion de la Cruz...*
AVEND. Comedia de un estudiante
de Salamanca: un *don Pedro*
Calderon, que al mundo sale
con ingenio, que al de Lope
posible es que pronto alcance.
Aquí la tengo. (Saca la comedia de un cartapacio.)
Atrevido
haceis el primer alarde. (Á Maria.)
¿Qué recitais?
(Maria pide por señas la comedia, que le da Avendañn y hojéala.)
MARIA. (Devuelve la comedia.) Esta escena.
AVEND. Si fortuna á los audaces
siempre ayuda, una corona
os espera en este lance.
MARIA. Tendré el lauro de valiente,
cuando el otro no alcanzare.
AVEND. *Eusebio*, el galan, mató,
aunque de Julia es amante,
á su hermano; y yendo á verla,
y escondiéndose *del padre*,
con su amada queda á solas
ante el sangriento cadáver.

Hagan corro. (Á los circunstantes.)
Bien está.
El muerto cualquiera lo hace:
Vos, hermano: aquí tendido.
(Á un comediante.)
¿Y el galan?

BARB. Aquí estoy.

AVEND. ¡Diantre!
¿Qué ilusion tendrá esta niña?

RAM. Yo haré el papel.

AVEND. ¡Vos!

RAM. Si os place.

MARIA. ¿Cómo, sabeis?

RAM. En Madrid,
tanto ó más que en los *corrales*,
comedias se representan
en casas particulares,
y aun en Palacio; y á mí
los versos de ese estudiante
me cautivan.

AVEND. ¡Norabuena!

RAM. Medio hallé de que me amaseis. (Á Maria.)

MARIA. Os amaré.

AVEND. ¿Cuánto tiempo?

MARIA. Cuanto en recitar me tarde.

AVEND. ¿Estamos?

MARIA. Cuando querais.

AVEND. Pues oiga el público, y calle.
(Á los que oyen en la escena.—Acomódanse todos para oir. Avendaño con la comedia en la mano, toma un taburete, se sienta al proscenio cerca de la concha, y hace oficio de apuntador. Maria queda al proscenio para representar el papel de *Julia* en la escena de la *Devocion de la Cruz*. Á Ramiro, que ha de hacer el papel de *Eusebio*, le lleva Avendaño á la izquierda, donde queda como escondido. Á la derecha, tendido, el comediante que hace el cadáver de *Lisardo*.)

AVEND. Dice el padre de esta suerte
y escondido oye el amante.
(Leyendo.)
«Los dos, á un tiempo, el sentimiento esquivo

»en este dia sepultar concierta:
»él, muerto al mundo, en mi memoria vivo,
»tú, viva al mundo, en mi memoria muerta:
»y en tanto que el entierro os apercibo,
»porque no huyas, cerraré esta puerta:
»queda con él, porque de aquesta suerte,
»lecciones al morir te da la muerte.»
Se fué: vos sacais al otro;
(Á Maria, señalándole el sitio donde está Ramiro.)
y veremos lo que sale.

ESCENA DE CALDERON.

JULIA (MARIA).

(Sacando á Ramiro y llevándole junto al cadáver.)
«Mil veces procuro hablarte,
»tirano Eusebio, y mil veces
»el alma duda, el aliento
»falta, y la lengua enmudece.
»No sé, no sé cómo pueda
»hablar, porque á un tiempo vienen
»envueltas iras piadosas
»entre piedades crueles.
»Quisiera cerrar los ojos
»á aquesta sangre inocente,
»y quisiera hallar disculpa
»en las lágrimas que viertes;
»y en una mano el amor,
»y en otra el rigor presente,
»á un mismo tiempo quisiera
»castigarte y defenderte.
»¿De esta suerte solicitas
»obligarme? ¿De esta suerte,
»Eusebio, en vez de finezas,
»con crueldades me pretendes?
»Cuando por tu gusto era
»á mi padre inobediente;
»cuando, arriesgando mi vida,
»hice posible el quererte;
»y, cuando mi mano ofrezco,
»despreciando inconvenientes
»de honor, la tuya, bañada

»en mi sangre me la ofreces!
»¡Para llegar á tus brazos
»voy tropezando en la muerte!
»Verte en los mios será
»memoria con que me acuerde
»de mi agravio, y que me invite
»á vengarle. ¿Cómo quieres
»que viva un alma sujeta
»á efectos tan diferentes,
»que esté esperando el castigo,
»y deseando que no llegue?
»Basta, por lo que te quise,
»perdonarte, sin que esperes
»verme en tu vida ni hablarme.
»Esa ventana, que tiene
»salida al jardin, podrá
»darte paso. Eusebio, vete,
»huye el peligro, huye pronto,
»y mira que no te acuerdes
»de mí; que hoy me pierdes tú
»porque quisiste perderme.
»Vete, y vive tan dichoso
»que no te cansen los bienes;
»que yo haré para mi vida,
»una celda, prision breve,
»sino sepulcro, pues ya
»mi padre enterrarme quiere.
»Allí lloraré desdichas
»de un hado tan inclemente,
»de un amor tan desdichado,
»de una mano tan aleve,
»que me ha quitado la vida
»y no me ha dado la muerte!

EUSEBIO (RAMIRO).

»Si acaso, más que tus voces,
»son ya tus manos crueles,
»para tomar la venganza
»rendido á tus pies me tienes.
»Preso me trae mi delito,
»tu amor es la cárcel fuerte,
»verdugo es mi pensamiento;
»si son tus ojos los jueces

»y ellos me dan la sentencia,
»por fuerza será de muerte.
»No pienso darte disculpa,
»solo quiero que te vengues.
»Toma esta daga y con ella
»rompe un pecho que te ofende,
»saca un alma que te adora,
»y tu misma sangre vierte.
»Y si no quieres matarme,
»para que á vengarse llegue
»tu padre, diré que estoy
»en tu aposento!»

JULIA (MARIA).

«¡Detente!
»Y por última razon
»que he de hablarte eternamente,
»has de hacer lo que te diga.»

EUSEBIO (RAMIRO).

«Yo lo concedo.»

JULIA (MARIA).

«Pues vete,
»adonde guardes tu vida.»

EUSEBIO (RAMIRO).

«Mejor será que yo quede
»sin ella; porque, si vivo,
»será imposible que deje
»de adorarte, y no has de estar,
»aunque un convento te encierre,
»segura.»

JULIA (MARIA).

«Guárdate tú,
»que yo sabré defenderme.»

EUSEBIO (RAMIRO).

«¿Volveré yo á verte?»

JULIA (MARIA).

«¡No!»

EUSEBIO (RAMIRO).

«¡No hay remedio?»

JULIA (MARIA).

«¡No lo esperes!»

EUSEBIO (RAMIRO).

«¿Que al fin me aborreces ya?»

JULIA (MARIA).
«Haré por aborrecerte.»
EUSEBIO (RAMIRO).
«Olvidarásme?»
JULIA (MARIA).
«No sé.»
EUSEBIO (RAMIRO).
«¿Veréte yo?»
JULIA (MARIA).
«¡Eternamente!»
EUSEBIO (RAMIRO).
«Pues aquel pasado amor?...»
JULIA (MARIA).
«Pues ¿esta sangre presente?»
(Avendaño hace ruido con los pies.)
«La puerta abren. ¡Vete, Eusebio!»
EUSEBIO (RAMIRO).
«¡Iré por obedecerte!»
(Váse cada uno por su lado.)

UNOS. ¡Victor por la dama!
TODOS. ¡Victor!
BARB. ¡Deja, niña, que te abrace!
(Con efusion.)
La *Amarilis*, la *Riquelme*,
¿qué son contigo?
AVEND. Mis plácemes
recibid.
JUAN. Y de Juan de Rana
de palmadas dos millones.
RAM. ¡Sois de las damas la perla!
MARIA. ¡Vos la flor de los galanes!
(Los Comediantes y Comediantas rodean á Maria y hablan con ella.)

ESCENA X.

DICHOS, CARRILLO, que entra presuroso y se lleva á parte á Ramiro.

Durante esta escena Maria está rodeada de los Comediantes, que la festejan y agasajan.

CAR. Señor, á Carmona llega

dentro de breves instantes
con su hija doña María,
la condesa de Olivares.

RAM. ¡Importuna es su llegada!

CAR. No sé por qué os sobresalte,
pues de Sevilla á Madrid
quiso que la acompañaseis.

RAM. Y yo aquí me adelanté
la posada á prepararle.

CAR. ¿Quereis, señor, que os encuentre
haciendo aquí el comediante?

RAM. ¡Fuera perderme! Eso no!
¡Cuánto me cuesta dejarte,
serafin mio!

CAR. Partamos,
que has de encontrar dos mil ángeles
antes de llegar á Córdoba.

RAM. Llama á Avendaño.
(Carrillo llama á Avendaño, que se acerca respetuosamente.)
Escuchadme. (Avendaño va á descubrirse.)
Quieto el sombrero. ¿Esa niña?

AVEND. La ajusté.

RAM. Tú solo sabes
quién soy: ella ha de ignorarlo:
calla pues, ó ha de pesarte.

AVEND. Señor Marqués, seré mudo.

RAM. Pues esta bolsa reemplace
lo perdido. (Dále un bolsillo.)
(Avendaño quiere inclinarse para darle gracias, él se lo impide.)
¡Quieto y vete!
(Apártase Avendaño, sin que nadie más que Bárbara Caronel haya reparádo que habló con Ramiro.)

RAM. ¿Los caballos ensillaste? (Á Carrillo.)

CAR. Y embridé, y con las maletas
nos esperan en la calle.

RAM. Vamos pues.—Hasta más ver,
mi hermosa doncella errante!
(Vánse Ramiro y Carrillo sin que lo advierta María.)

ESCENA XI.

LOS MISMOS, ménos RAMIRO y CARRILLO.

AVEND. Vamos, no hay que perder tiempo,
si se ha de hacer esta tarde
la comedia. Vos, Juan Rana,
para que todo se ensaye,
haced que de la carreta
trastos y vestidos saquen.
(Váse Juan con otros á la carreta.)
Vos, que fuisteis pendolista,
(Á un Comediante.)
escribid en letras grandes
un cartel, en que se anuncie
que en la funcion va á estrenarse
la señora... ¿Vuestro nombre?
MARIA. Maria.
AVEND. ¿Y el apellido?
CELEST. (¿Dirás el de padre ó madre?) (Ap. á Maria.)
MARIA. Ninguno diré. El poeta (Ap. á Celestina.)
papel y nombre ha de darme.
(Alto.) Soy *Maria Calderon:*
y, si á Dios valerme place,
ha de ser la *Calderona*
en las futuras edades,
como *Calderon* famosa,
ya que no pueda tan grande.
(Avendaño despacha al Comediante cartelista. Bárbara se lleva á Maria abrazada. Celestina las sigue mal contenta. Cuadro general de movimeento en la escee na. Cae el telon.)

FIN DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARIA CALDERON, comedianta.....	Sra. Romeral.
BÁRBARA CORONEL, id..	Sra. Valverde.
CELESTINA, dueña.....	Sra. Garcia.
UN CABALLERO EMBOZADO, 23 años.....	Sr. Casañer.
RAMIRO NUÑEZ, de soldado.....	Sr. Morales.
CARRILLO, criado.....	Sr. Mario.

La accion pasa en Madrid, en el jardin de una casa de la calle de las Huertas, á mediados de Abril del año de 1628.

ACTO PRIMERO.

NOVICIADO.

Un jardin modesto en la calle de las Huertas. Á la derecha la casa de la Calderona, con puerta y balcon practicables. Á la izquierda tápia con puerta pequeña, que se supone dar á la calle de *Cantarranas*, hoy de *Lope de Vega*. Al foro otra tápia, más baja que la anterior, que divide el jardin de Maria del de la casa inmediata. Asientos rústicos. Al foro un pequeño invernáculo, con naranjos y otras plantas de estufa.

ESCENA PRIMERA.

Comienza entre seis y siete de la tarde. Al levantarse el telon salen de la casa CELESTINA y CARRILLO.

CELEST. Aquí estaremos mejor
entre las flores y al aire;

aunque Madrid, en abril,
es apenas soportable.

CAR. Siempre llorais por Sevilla.

CELEST. ¡Ay! ¡Quién se viera en tus márgenes,
Guadalquivir!

CAR. ¡Pues tan malo
os parece el Manzanares?

CELEST. ¡Á tener agua, gran rio!

CAR. Como es de arena su cauce,
oculta el caudal.

CELEST. Lo propio
hacen aquí los galanes.

CAR. ¿Esa es pulla?

CELEST. Lo será
para aquel que se picare.

CAR. ¿No es generoso mi dueño?

CELEST. Son los pobres liberales,
de lo que no pueden dar.

CAR. Daria si ella tomase:
pero es, entre las mujeres,
lo que el fénix en las aves:
ni pide, ni toma nunca.

CELEST. Y vuestro amo muy bien sabe
donde le aprieta el zapato;
y así los *dares* excusa
aun más que ella los *tomares*.

CAR. ¡Poca aficion le teneis!

CELEST. ¡Por el siglo de mi madre!
¿Qué dueña honrada quereis
que de tal hombre se agrade?
Desde que se fué en Carmona,
cual pájaro, por los aires,
triunfó María en la escena
del Betis al Manzanares;
en el *Corral de la Cruz*
la villa y córte la aplauden:
el pueblo con frenesí,
con entusiasmo los grandes,
las mujeres con envidia,
hechizados los galanes.
No hay genovés opulento.
no hay poderoso magnate

que incienso y oro ofrecer
no pretenda en sus altares;
pero otra vez se aparece
nuestro consabido andante,
y el ídolo á todo es sordo
ménos á sus dulces ayes.

CAR. La honrada dueña quisiera
ménos amor, más *contante*.

CELEST. Ya que el diablo se nos lleve,
que en carroza nos arrastre.

CAR. Si ella me ayuda, pudiéramos
con este amor dar al traste.

CELEST. Hoy mismo, si en mí consiste.

CAR. Prudencia requiere el lance.

CELEST. Tendré la de la serpiente.

CAR. Siendo dueña, cosa es fácil.

CELEST. ¡Pues el lacayo es alhaja!

CAR. La dueña su propio engaste.
Pero vamos al asunto,
que se nos va haciendo tarde.

CELEST. Á las tres ahora comienza
la funcion, y antes que acabe
serán las siete, con que...

CAR. ¿Vuestra ama quiere casarse
con mi señor?

CELEST. Lo supongo.

CAR. Yo que con otra se case.

CELEST. Será rica...

CAR. De contado.
¿Vos quereis un rico amante?

CELEST. Por supuesto.

CAR. Yo sé de uno.

CELEST. Y yo, Chacon, de millares.

CAR. ¿De muchos que así se expliquen?
(Sacando un estuche de zapa del bolsillo, y abriendo la caja.)

CELEST. ¡Vírgen santa! ¡Qué diamantes!
(Absorta en contemplacion de la caja.)

CAR. Esto, en él, es gota de agua
(Dándole la caja.)
que desperdician los mares.

CELEST. ¿Es indiano? ¿Es contratista?

CAR. Es quien es; y preguntarme
será excusado: servirle,
Celestina, es lo importante.
CELEST. ¿Le ha visto Maria?
CAR. No.
CELEST. ¿Pues cómo puede agradarle?
CAR. En el papel que va dentro
pide, para declararse,
el galan, que le reciban.
CELEST. ¿Será viejo?
CAR. Aun no cabales
veinte y tres años.
CELEST. ¿Es feo?
CAR. Persíguenle las beldades.
CELEST. ¿Se oculta rico y galan?
¡Será hereje ó judaizante!
CAR. *Cien ducados*, si aquí logran
darle el triunfo vuestras artes.
CELEST. Chacon, ¿y hacerle podeis
á *un amo* traicion tan grande?
CAR. En vos, vender á esa niña,
debe ser accion loable.
CELEST. Discúlpeme ser de hereje,
Chacon, el rostro del hambre.
CAR. Y á mí, que, para fin bueno,
los medios no han de mirarse.
¿Conque esta noche?
CELEST. ¿Á qué hora?
MARIA. ¡Celestina! (Dentro.)
CELEST. ¡Hay tal percance!
¡Mi señora!
CAR. ¡No me vea!
CELEST. Por allí. Tomad la llave.
(Por la puerta de la izquierda.)
CAR. Llevarémela, y así
os excusais de esperarme.
(¡Haciendo yo mi fortuna
esta noche he de salvarle!)
(Váse por la puerta de la izquierda y cierra.)

ESCENA II.

CELESTINA, MARIA, BÁRBARA.

Celestina guarda el estuche en el bolsillo, retírase al invernáculo y aparenta cuidar las flores. Maria y Bárbara entran por la derecha con mantos.

MARIA. ¡Mírala! Cuidando flores: (Á Bárbara.)
aunque vieja, es andaluza.
BARB. ¡Y deja la casa sola!
Un dia te hallas desnuda.
(Dejan las dos los mantos y se sientan en un mismo banco al proscenio.)
MARIA. ¿Qué pueden robarme á mí?
CELEST. De faldellines, de túnicas,
de oropel y lentejuelas,
los ladrones no se curan.
MARIA. Dice bien.
BARB. Pero codician,
mi Maria, tu hermosura
muchos hombres; y en Madrid
los desalmados abundan,
que las leyes y los jueces
ó desconocen ó burlan.
MARIA. ¿Tú miedo?
BARB. Sí, aunque me llame
por mote, la alegre turba,
Mari-Hernandez la gallega.
MARIA. Mas es elogio que injuria,
que en ese papel de *Tirso*,
tu celebridad se funda.
BARB. *Mari-Hernandez la gallega*
fácilmente no se asusta;
ni el halago ni el temor
rendida la vieron nunca;
y hasta que te vió, Maria,
no conoció la ternura.
MARIA. Tu afecto solo, mi Bárbara,
mi triste orfandad endulza.
BARB. Dueña, déjenos á solas. (Á Celestina.)

CELEST. (¡Este dragon no me gusta!)
MARIA. ¿Me dirás qué significa?...
BARB. ¡En marchándose esa bruja!
(Váse Celestina por la derecha.)

ESCENA III.

MARIA, BÁRBARA.

MARIA. Ya estamos solas.
BARB. Maria,
¿soy tu amiga?
MARIA. ¿Quién lo duda?
BARB. Tú
MARIA. ¿Por qué?
BARB. Porque el secreto
de tu corazon me ocultas.
MARIA. ¡Yo, Bárbara!
BARB. ¡Tú, Maria!
Y torpe lo disimulas.
MARIA. ¡Si vivo como en linterna!
BARB. Que, como *sorda*, te alumbra
solo á tí.
MARIA. No desvaries.
BARB. ¡Tú no mientas!
MARIA. ¡Mira!
BARB. ¡Escucha!
No pregunto de curiosa,
sino porque se murmura
ya de tu vida.
MARIA. Pues vivo,
como pudiera en cartuja,
en mi calle de las Huertas,
hoy el barrio de las Musas,
que en él habita el *gran Lope*,
y halló *Cervantes* su tumba.
Si salgo, voy al corral,
y sola no salgo nunca;
vuelvo siempre acompañada,
y me vuelvo en derechura,
como del Amor de Dios
en la esquina, no haga una

breve parada á rezarle,
segun todas lo acostumbran,
una salve á nuestra Vírgen.
¿Paseos, fiestas ó músicas,
frecuento? ¿Á mi camarin
quién viene? ¿De qué me acusan?

BARB. De que no tienes visitas,
ni se te ve en fiestas públicas.

MARIA. ¿Qué dirian si me vieran?

BARB. Que eras, entre tantas, una;
y tendrias de tu parte,
si no las buenas, las muchas.
Dicen que, aunque comedianta,
ser gran dama te figuras;
dicen, como tu don Pedro...

MARIA. Los circunloquios excusa.

BARB. ¡Pues!... Que *Casa con dos puertas*...
¿Me entiendes?
(Mirando intencionadamente á la puerta de la izquierda.)

MARIA. ¡Yo!... ¡Tal pregunta!

BARB. ¡Adios, Maria! (Tomando el manto.)

CAR. ¿Te vas?

BARB. ¡Y mal rayo me confunda,
si aquí volviese!

MARIA ¿Por qué?

BARB. Porque no quiero yo *juntas*,
sin confianza; ni quiero,
cuando las que te censuran
saben que por esa puerta,
aun las noches de más luna,
entra un galan embozado,
que te hagas la santa Úrsula
conmigo sola; y no quiero...

MARIA. ¡Matarme quieres de angustia!

BARB. Respetándote el secreto,
me voy.

MARIA. ¡Conmigo tan dura!

BARB. ¡Conmigo tan misteriosa!

MARIA. Sabrás, ya que así me apuras...

BARB. No quiero al temor deberle
lo que la amistad rehusa.

MARIA. ¿Tienes celos?
BARB. ¿Por qué no,
si eres tú mi pasion única! (Abrázanse.)
MARIA. *Él* me ha mandado callar.
BARB. ¿Luego *él* es el que se oculta?
MARIA. ¡Yo, con orgullo, ante el orbe
me proclamara por suya!
BARB. ¡Es que tú le amas de veras!
MARIA. ¡Y él á mí!
BARB. ¡No sé?
MARIA. Lo dudas,
porque en sus ojos no ves
la intensa llama arder pura;
porque en sus labios, de amor,
el suave acento no escuchas!
BARB. ¡Ay, simplecilla de tí!
MARIA. Bárbara, más no me arguyas;
que le he de amar mientras viva,
y, si cabe, hasta en la tumba.
BARB. ¿Quién es el feliz mortal?
¿Algun señor?
MARIA. Es su cuna
modesta; y ya le conoces.
¿No recuerdas mi aventura
de Carmona?
BARB. ¿Aquel mancebo?
MARIA. Un soldado de fortuna
como mi padre: un hidalgo
que honrado vivir procura,
sirviendo al rey.
BARB. ¿Pues tal hombre,
por qué su pasion oculta?
MARIA. Porque es su apoyo, en el mundo,
exclusivo, un tio cura,
y hablarle de comediantas
al buen señor, le espeluzna.
BARB. ¿Pero no habeis de casaros?
MARIA. Cuando falte el tio cura.
Ya vivió cerca de un siglo.
BARB. ¡Caso raro, ó grande astucia!
MARIA. ¿Por qué esa desconfianza?
BARB. Plegue al cielo que sea injusta;

(Va anocheciendo.)
pero hay algo en ese hombre
que me rechaza y me ofusca,
sin que la razon comprenda,
ni me abandone la duda.

MARIA. El cariño que me tienes
tu claro ingenio perturba.

BARB. ¡Podrá ser!... La noche viene.
¿Le esperas?

MARIA. Presto: es oscura.

BARB. Te dejo: mas ten en cuenta
que te espian y murmuran.

MARIA. ¿Quién será?

BARB. Las de tu oficio.

MARIA. ¿Pues ofendo yo á ninguna?

BARB. ¡La de la propia madera
siempre fué la peor cuña!
(Abrázanse. Váse Bárbara por la derecha. Maria se sienta pensativa.)

ESCENA IV.

MARIA.

Sosiégate, corazon:
¿qué hay que así te sobresalte?
¿Será que la fe te falte
sobrándote la pasion?
¿Tendrá Bárbara razon?
De sospecharlo me admiro;
que, de engañarme Ramiro,
y saberlo yo de cierto,
mis celos le hubieran muerto,
yo dado el postrer suspiro!

ESCENA V.

MARIA, CELESTINA.

CELEST. ¿Puedo, en fin, contigo hablar?

MARIA. ¿Qué me tienes que decir?

CELEST. ¿La que se acaba de ir,

mi niña, te hizo llorar?
MARIA. Puede ser: mas por mi bien.
CELEST. ¿Qué te ha reñido?
MARIA. Mi amor.
CELEST. ¿Y tú?
MARIA. ¡Firme!
CELEST. ¡Es un dolor!
MARIA. Eso dice ella.
CELEST. Y yo *amen*.
Tu vida es muerte civil.
MARIA. Pues yo no me encuentro mal.
CELEST. No barro, puro cristal
quiere la rosa de abril.
MARIA. Celestina, bien te entiendo;
pero saber ya debias...
CELEST. ¡Por todas las letanias!
¡Mira que te estás perdiendo!
MARIA. ¡Si otra vez el labio mueves
para hablarme en tu codicia!...
CELEST. ¿Quién la ocasion desperdicia?
MARIA. Te echaré, si más te atreves...
CELEST. ¿Así me pagas? ¡Mal año!
MARIA. Bien está: ya se acabó.
CELEST. ¿Pues qué culpa tengo yo
que esto dejara el picaño?
MARIA. ¿Qué picaño?
CELEST. Un lacayuelo:
en dándolo al punto escapa.
MARIA. ¿Qué es?
CELEST. Un estuche de zapa.
MARIA. Dame acá.
CELEST. (Tragó el anzuelo.)
MARIA. (Abriendo la caja con indignacion.)
¡Joyas á mí! ¡Y un billete!
¡Y sin firma! ¡Hay tal afrenta!
¡Quien esto envia hace cuenta
que soy de quien dá ó promete!!
Celestina, te perdono
como me digas su nombre.
¡Me he de vengar de ese hombre
aunque se siente en un trono!
CELEST. No sé quién es, lo aseguro.

MARIA. ¡Esto de la raya pasa!
¡Vete al punto de mi casa!
CELEST. ¡No lo sé, repito y juro!
MARIA. ¡Quítate de mi presencia!
CELEST. Huyamos la tigre herida.
(Váse Celestina por la derecha. Dan tres palmadas dentro, y abren la puerta de la izquierda.)
MARIA. ¡Nunca más apetecida
de mi dueño la presencia!

ESCENA VI.

MARIA, UN EMBOZADO, CARRILLO, tambien embozado, aprovecha un momento en que Maria vuelve la espalda para pasar á la casa.

MARIA. Mi buena suerte te trajo
tan oportuno, bien mio.
¿Tú embozado y silencioso?
Descúbrete ya, Ramiro.
EMB. Favor le dais al ausente,
celos al desconocido.
MARIA. ¡Traicion! ¡traicion! ¡Celestina!
EMB. ¡Sosegaos, no deis gritos!
MARIA. ¡Socorro! ¿Quién eres, hombre?
Sin necesidad ó vicio
te hacen vivir de lo ageno,
toma en buen hora el bolsillo.
(Arrójale un bolsillo. El embozado lo recoge y se lo devuelve.)
EMB. No vengo yo aquí á robar,
sino á buscar lo perdido.
Vos sois la que me robasteis.
MARIA. ¡Favor! ¡Socorro! ¡Vecinos!
EMB. No deis escándalo inútil.
Si perversos mis designios,
¿no fuerais muerta, Maria?
Nada en mí temas indigno.
(Carrillo sale por la derecha, atraviesa el tablado y váse por la izquierda sin ser visto por Maria.)
MARIA. ¿En fin, qué quereis de mí?
EMB. Veros, hablaros, oiros,

y reclamaros el alma,
perdida así que os he visto.

MARIA. Aunque más es tirania
que accion de galan rendido,
forzar la puerta, y por fuerza
departir aquí conmigo,
hidalgo, si es que lo sois,
por dónde aquí habeis venido
podeis volver; y aprended
para siempre lo que os digo:
aunque me veis comedianta,
ni me vendo, ni me rindo.

EMB. ¿No quereis saber quién soy?

MARIA. ¿Para qué, si lo adivino?

EMB. No lo adivinais.

MARIA. Sí tal;
que sois el sujeto mismo
que me ha enviado estas joyas,
(Mostrándoselas.)
y con ellas este escrito.

EMB. ¿Quién os reveló el secreto?
(¿Me habrá vendido Carrillo?)

MARIA. De aquella primera accion
esta segunda es indicio,
que la fuerza le está bien
al que antes comprarme quiso.

EMB. Teneis, para comedianta,
pensamientos muy altivos.

MARIA. Á todos del mismo barro
la mano misma nos hizo;
á todos nos dió conciencia
para salvar nuestro espíritu.

EMB. Damas muy encopetadas
ménos esquivas he visto.

MARIA. Pues con su pan se lo coman:
bien me estoy con mi desvio.

EMB. No sabeis con quién hablais.

MARIA. No saberlo á Dios le pido.

EMB. Muy bien haceis el papel;
mas váse haciendo el prolijo.

MARIA. Partid, y todo se acaba.

EMB. Cuando una vez significo,

resuelto, mi voluntad,
de mudarla no hay arbitrio.

MARIA. Pues por mucho que alcanceis,
no forzareis mi albedrio.

EMB. Oidme, y luego veremos.

MARIA. Gastáramos, yo el oido,
vos el tiempo inútilmente.
¡Hidalgo, acabemos: idos!

EMB. Mal sienta con la carátula,
desden tan superlativo;
que en las tablas las Lucrecias
no abundan en nuestro siglo.

MARIA. ¡Sois hombre sin corazon,
ó sin experiencia, un niño!
Las mujeres *de las tablas*
como las demas sentimos:
virtudes hay en nosotras
como en los palacios vicios:
y si hay comediantas frágiles,
vos no ha mucho lo habeis dicho,
damas hay que no resisten
lo que yo, hidalgo, resisto!

EMB. Lo que yo no encontré nunca
fué mujer de tanto hechizo;
y, si loco de amor vine,
saldré de aquí con delirio.

MARIA. Salid, sea como fuere;
salid presto, os lo suplico.

EMB. ¿Esperais á mi rival?

MARIA. ¿Qué os importa? Salid digo,
y llevaos vuestras joyas, (Dándole la caja.)
que yo, hidalgo, no recibo
de nadie...

EMB. ¿Ni aun del dichoso?

MARIA. ¿Sabeis vos si hay un bienquisto?

(Aparecen en la puerta izquierda Ramiro y Carrillo embozados.)

ESCENA VII.

MARIA y el EMBOZADO, al proscenio, RAMIRO y CARRILLO en la puerta de la izquierda.

EMB. ¿Cuando entré, no me tomásteis
por no sé qué *don Ramiro*?
MARIA. (¿Será este hombre un espia?
Engañarle determino.)
EMB. Negar no podeis, Maria...
MARIA. No negaré lo que he dicho.
EMB. ¿Luego teneis un amante?
MARIA. En eso no he convenido.
RAM. ¡Hay tal traicion! (Ap. á Carrillo.)
CAR. (Id. á Ramiro.) ¡La bribona
os niega ya, vive Cristo!
EMB. ¿Quién es entónces?
MARIA. Mi hermano.
EMB. Nadie aun le ha conocido.
MARIA. Nunca, por ser comedianta,
en público verme quiso.
CAR. (No mintiera más al caso
de acuerdo estando conmigo.)
MARIA. Partid, no venga.
EMB. No parto
sin que un acento benigno,
al ménos, me dé esperanza.
MARIA. (Salga yo de este martirio,
que despues...)
EMB. ¿No respondeis?
MARIA. ¿No basta ver que vacilo?
RAM. (Ap. á Carrillo.)
¡Esperar más es afrenta!
CAR. (Conteniéndole.)
Por Dios, señor, tened juicio!
Recordad cuánto arriesgais
si os conocen.
EMB. Dueño mio,
guardad al ménos las joyas.
(Dándoselas.)
MARIA. ¿Y os marchareis?
EMB. Ahora mismo.

MARIA. (Yo se las devolveré.)
Las tomo.
CAR. ¡Bastante has visto!
¡Vámonos!
(Ap. á Ramiro asiéndole del brazo para contenerle y llevárselo.)
RAM. (Con furia.) ¡Suelta, villano!
(Adelántase al proscenio, embozado y con la espada en la mano)
¡Teneos! (Al Embozado.)
EMB. (Empuñando.) ¿Quién va?
MARIA. (Aterrada.) ¡Ramiro!
EMB. ¡Paso franco! (Á Ramiro.)
RAM. Con la espada
tendreis que abriros camino.
MARIA. ¡Mi bien! ¡Mi señor!
RAM. Aparta,
mujer, ó en tu pecho indigno
mi acero...
EMB. (Poniéndose delante de ella.)
¡No en mi presencia,
aunque fuérais su marido!
RAM. (Su mentira me la entrega.)
Soy su hermano! (Alto.)
MARIA. (¡Ay, hado esquivo!
sin comprenderme me oyó.)
EMB. (Que le esperaba me dijo.)
RAM. Hidalgo, de esa mujer
yo soy el dueño legítimo.
MARIA. Yo de nadie soy esclava!
EMB. ¡Y aunque lo hubierais nacido,
mediando yo, fuerais libre.
RAM. Á la espada lo remito.
EMB. Yo tambien, aunque pudiera
con ménos, veros rendido.
MARIA. (Poniéndose delante de Ramiro.)
¡Para llegar á su pecho
traspasad primero el mio!
¿No basta á vuestra violencia
lo que me habeis ofendido?
RAM. ¡Quita! ¡Deja que le mate!
(Forcejean Ramiro y Maria. El Embozado se está

quieto, pero en guardia. Carrillo, que ha permanecido al foro, corre á su amo.)

CAR. (Ya es forzoso hablar, Carrillo.)
(Habla al oido con Ramiro. Este, con extraordinario asombro, contempla al Embozado.)

MARIA. Partid, en nombre del cielo,
funesto desconocido.

RAM. (¡Imposible! (Ap. á Carrillo.)

CAR. (Ap. á Ramiro.) ¡Es la verdad!
¡Os lo juro por Dios vivo!

RAM. Pero ¡cómo!

CAR. Lo que importa
es quedar desconocido.

RAM. Y ser leal: dices bien.)
(Al Embozado, envainando.)
Libre teneis el camino,
ó libre os dejaré el campo.
Caballero, á vuestro arbitrio.

MARIA. ¿Qué estás diciendo?

RAM. Maria,
que me someto al destino.

EMB. (Sin mostrar admiracion y envainando la espada.)
Entended que está inocente;
y bastar debe mi dicho.

RAM. (No salierais cual salís
á no haberos conocido.

EMB. Pues olvidar que me visteis
hará completo el servicio.)
Vos, hermosa Calderona, (Á Maria.)
perdonad si os he afligido;
que indulto de la belleza
merecen de amor delito. (Yéndose.)

RAM. Permitid que os acompañe.

EMB. ¿Quién sois?

RAM. Quedar solicito
desconocido, señor,
puesto que quedo ofendido.

EMB. Para hermano de *teatro*
levantado es el estilo:
mas yo me tengo la culpa,
justo es que sufra el castigo.
(Váse, y con él Carrillo.)

ESCENA VIII.

MARIA, RAMIRO.

MARIA. Cúlpanme las apariencias,
pero el cielo me es testigo
de que te adoro leal,
como siempre, mi Ramiro.
Con llave falsa ese hombre
entró por ese postigo;
dí voces, nadie me oyó;
su proceder culpé indigno:
insiste; porque se vaya,
que blanda le escucho, finjo;
llegas tú, no me comprendes,
airado, mi bien, te miro;
y súbito al malhechor,
yo no sé por qué prodigio,
con rendimientos corteses,
libre paso dar te he visto.
¿Qué es esto, señor, que es esto?
¿Sueño, ó despierta deliro?
RAM. ¿No conoces á ese hombre?
MARIA. No sé quien és: ya lo he dicho.
RAM. Júralo.
MARIA. Por tí lo juro.
RAM. ¿Por Dios?
MARIA. ¡Por la fe de Cristo!
RAM. Pues tú y yo, Maria, entonces
en mala estrella nacimos.
MARIA. ¿No vencerán las estrellas
dós corazones unidos?
RAM. Esta noche nos separa.
MARIA. ¿Son celos?
RAM. No te acrimino.
MARIA. ¿Y hablas de separacion?
¡Retráctate ya, sacrílego!
RAM. Ni puedo, ni me está bien
hablar: pero, pues me rindo,
tú puedes adivinar
lo que yo callando digo.

La mano que nos separa
combatir fuera un delito.
¡Maria, adios para siempre!

MARIA. ¡Mal caballero! ¡Hombre indigno!
¿Cobarde vuelves la espalda
porque amenaza un peligro?
No sé quién es ese hombre,
ni tus misterios descifro;
mas, aunque él sea un coloso,
y ellos diabólicos ritos,
de mi corazon amante
no lograrán ni un latido.
Pero tú temes... ¡Huyamos!
Ya sé yo que no eres rico:
¿Qué importa? En el Nuevo Mundo
se habla el idioma mismo
que en Castilla, y viviremos;
bien sabes como recito.

RAM. De tu ardiente fantasia
todos esos son delirios.
¿Cómo he dejar mi patria?

MARIA. ¡Tú ya no me amas, Ramiro!

RAM. Te amo; pero no estoy loco:
sí te amo, pero al rey sirvo.

MARIA. ¿Qué tiene que ver el rey?...

RAM. Para el vasallo sumiso,
el rey es antes que todo.

MARIA. ¡Hombre! ¡De oirte me indigno!
Para el buen enamorado
su dama es como Dios mismo.

RAM. En el mundo de las Musas.

MARIA. ¡Pues lo prefiero al inícuo
en que es verdad la ambicion,
y el amor siempre mentido!

RAM. ¡Soñando vives, Maria!

MARIA. ¡No tienes alma, Ramiro!
(Vánse ella por la derecha, y él por la izquierda)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARIA CALDERON, comedianta.....	SRA. ROMERAL.
BÁRBARA CORONEL, id..	SRA. VALVERDE.
UN INGENIO DE ESTA CÓRTE, el embozado del acto primero.....	SR. CASAÑER.
RAMIRO NUÑEZ, de camino.....	SR. MORALES.
DON ANTONIO COELLO, Poeta de 25 á 30 años...	SR. IROBA.
Un Gentil-hombre que no habla.	

La accion pasa en Madrid, en una casa de la plazuela del Ángel, contigua al corral de la Cruz, y en comunicacion con él: ocho dias despues del acto primero, el año de 1628.

ACTO SEGUNDO.

PROFESION.

Una casa en la plázuela del Ángel, contígua al ya demolido Teatro (antes Corral de la Cruz), y en comunicacion con él. La escena dividida en dos partes; la mayor, á la derecha del actor, representa un palco ó aposento grande, dividido, á su vez, en dos porciones, á saber: del proscenio al foro, un saloncito adornado con lujo; y al foro, el verdadero palco, con celosia ó reja, un solo sillon en el lugar de preferencia, y dos ó tres taburetes rasos y sin respaldo. La entrada del aposento, por una puerta á la derecha. Á la izquierda, cerca del proscenio, otra puerta; pero secreta y disimulada, de manera que solo se la vea cuando se abra. La parte de la izquierda del teatro, representa el camarin ó cuarto de la *Calderona*, modestamente amueblado. Una puerta, á la izquierda, comunica con el interior del teatro de la Cruz. La secreta del aposento cae forzosamente á la derecha del camarin.

ESCENA PRIMERA.

RAMIRO, de camino, con botas y espuelas. CARRILLO, como en el cuadro segundo.—Carrillo, aparece. Ramiro entra, por la derecha, en el aposento.

CAR. Tras ocho dias de ausencia,
señor *Marqués de Toral.*
¿Por qué me mandais que espere
y os venis vos á apear,
no en vuestra casa, sí en esta,
que comunica al Corral
de la Cruz, aunque del Ángel
ella en la plazuela está?
¿Por qué al aposento mismo
donde un *poeta real*
se viene, más de una tarde,
de incógnito á solazar?

RAM. Lo primero es que me expliques
aquel lance...

CAR. ¡Mi lealtad!...

RAM. No estorba que mis amores
combatas con grande afan.

CAR. Primo de todos los grandes,
sobrino, y un poco más,
del Conde-Duque, pues su hija
vuestra prometida es ya,
¿Merece una comedianta
lo que por ella arriesgais?

RAM. ¿Vóime yo á casar con ella?
¡De Olivares la moral!...

CAR. Lo que en el Rey apadrina,
en su afan de gobernar,
no sé si en vos...

RAM. Si en la nóvia
piensa que tomo dogal...

CAR. Tomadla, y la dote; y luego...

RAM. ¿El lance me explicarás?

CAR. ¿Qué lance?

RAM. El de la otra noche.
CAR. Fué pura casualidad.
RAM. ¿Cómo sabias quién era?
CAR. Señor, con vuestro... rival,
corrido habeis aventuras,
que sois mozos de una edad;
vióme en vuestra compañia,
y debíle de agradar...
RAM. (Amenazándole.)
¡Infame! ¿Y contra tu dueño?...
CAR. ¡Por Jesucristo! ¡Escuchad!
Esperándoos paseaba
junto á la puerta de atrás
del jardin: me sorprendieron
dos hombres con antifaz;
y ya sujeto, una voz
de que *conocí el metal.*
«Dadme esa llave...» me dijo...
RAM. Pudiérasmelo avisar.
CAR. Apenas os dije: «Un hombre
entró al jardin...» cuando ¡zás!
partisteis como una flecha.
RAM. ¿Y luego en el jardin ya?
CAR. ¿No me impusisteis silencio
para mejor escuchar?
RAM. (Ap.) ¡Partí sin averiguarlo
aquella noche fatal!
¡Ya es tarde!
CAR. ¡Estoy inocente!
RAM. Tu proceder lo dirá.
CAR. (Te engaño siempre que quiero!)
RAM. Carrillo, á la plaza sal;
pasea como al descuido,
y á nadie dejes llegar
sin avisarme. ¿Lo entiendes?
Nadie, ó tú lo llorarás.
CAR. Seré un Argos.
RAM. Vete.
CAR. ¿Y vos?
RAM. Quédome aquí á descansar.
CAR. Las confianzas á medias...
RAM. ¡Vive Dios, don ganapan!...

CAR. ¡Mi perdon imploro humilde!
RAM. La obediencia lo obtendrá.
(Váse Carrillo como consternado.)

ESCENA II.

RAMIRO.

¿Qué respeto han de tenernos,
si nos hacen claudicar,
estos ministros infames
de nuestra fragilidad?
Mas no son filosofias
las que vengo aquí á buscar.
(Echa la llave á la puerta de la derecha; va al palco, mira por la celosia, y vuelve al proscenio.)
Nadie en las tablas aun.
¿Y mi Maria? ¿Vendrá?
¡Mejor fuera no acudiese!
¿Por qué no la dejo en paz?
Si ser suyo es imposible;
si de otra casi soy ya;
y si, aunque ella me prefiera,
quitársela á mi rival
yo no puedo: ¿No es infamia
lo que vengo á consumar?
¡Honra y amor: en mi pecho
sangrienta lucha trabais;
y, pésele á mi nobleza,
no sé yo quién vencerá!
(Maria ha entrado en el camarin por la puerta de la izquierda, rebozada con el manto, y como recelosa. Llega al bastidor que divide la escena, y da en él tres golpes á compás. Ramiro, apenas los oye, se acerca al bastidor con grande agitacion.)

ESCENA III.

RAMIRO y MARIA.

MARIA. No tardo: es la hora.
¿Estará ya él? (Da los golpes.)

RAM. ¡La señal es esta!

(Repite los golpes, y Maria despues.)

¡Dios mio! ¡Ella es!

(Levanta un cuadro que cubre la cerradura de la puerta secreta, y ábrela con una llave que saca del bolsillo. Al abrirse la puerta, Maria y Ramiro se abrazan con efusion.)

MARIA. ¡Ramiro!

RAM. ¡Maria!

MARIA. ¡Ya vivo otra vez!

RAM. ¡Y yo resucito!

(Déjase caer Maria en un sofá. Ramiro se arrodilla delante de ella.)

MARIA. ¡Ven aquí!

RAM. ¡Á tus pies!

MARIA. ¡Te humilla el pecado!

RAM. Penitencia fué
no verte ocho dias.

MARIA. ¿Por culpa de quién?

RAM. ¡De la suerte impia!

MARIA. ¡Tuvieras más fe!

RAM. Yo á tí te la pido.

MARIA. ¿Aquí no me ves?
Te vas y me dejas:
te lloro y soy fiel.
Vuelves y me llamas,
y vengo, mi bien.
No sé cómo puedas
pedirme más fe.

RAM. ¡Ángel que te iguale
no tiene el Eden!

MARIA. Dí que no se inclina
más dócil la mies
al soplo del aura,
que yo á tu querer;
y dí que decirle
podré al sumo juez:
«Señor, perdonadme,
porque mucho amé!»

RAM. ¡Y habré de dejarte!

MARIA. ¿Dejarme otra vez?

RAM. Hay ley que lo manda.

MARIA. ¡No la hay tan cruel
que á nadie divida
de su propio ser!
RAM. ¡Como tú lo siento!
MARIA. ¿Á qué viene, pues?...
RAM. ¡La razon te sobra!
Hablar sin doblez
ya debo.
MARIA. ¿Qué dices?
RAM. Digo que no es
mi estado el que piensas.
MARIA. ¡La lengua deten!
RAM. Verdad quiero hablarte.
MARIA. ¿Y ya, para qué,
si seas quien fueres,
yo te he de querer?
RAM. Tal vez cuando sepas...
MARIA. ¿Has nacido infiel?
¿Te escondes proscrito?
¡*Pues te he de querer*!
RAM. Soy, rico, soy noble,
sóbrame poder...
MARIA. ¿Y me amas, Ramiro?
RAM. ¡Te adoro, mi bien!
MARIA. Pues seas quien fueres,
yo te he de querer!
RAM. ¿Firme estás en eso?
MARIA. ¡No temas vaiven!
RAM. ¡Mucho he de pedirte!
MARIA. ¡Más otorgaré!
RAM. ¡Mira que te arriesgas!...
MARIA. No sé qué es temer.
RAM. Secreto es preciso.
MARIA. Pues muda seré.
RAM. Verémonos poco.
MARIA. Mayor el placer.
RAM. No será en tu casa.
MARIA. ¿Dónde, mi doncel?
RAM. En este aposento.
MARIA. ¿Pues no es el del Rey?
RAM. Yo una llave tengo;
yo fuí quien mandé

abrir esa puerta...

MARIA. ¡Callando tambien
conmigo!

RAM. Acabóse,
y en mi ausencia, ayer.

MARIA. ¿Y quién pudo abrirla?

RAM. Que no pregunteis
es parte del pacto.
(Avendaño fué.)

MARIA. Lo ofrezco, y es mucho,
que al fin soy mujer.

RAM. Aun falta del cáliz...

MARIA. ¿Qué falta?

RAM. ¡La hiel!
¿Al hombre embozado,
no le has vuelto á ver?

MARIA. ¿Que eso me preguntes?
Mi casa dejé.

RAM. ¿Te enviaron cartas?

MARIA. Y las rehusé.

RAM. No está en su costumbre
rendirse al desden.

MARIA. Yo, si Dios me ayuda,
que la tome haré.

RAM. ¡Es muy poderoso!

MARIA. Sea Lucifer,
y... «adoro á Ramiro,»
decirle sabré.

RAM. ¡Díselo, y soy muerto!

MARIA. Noble, con poder.
y ciñendo espada,
¿quién te asusta? ¿Quién?

RAM. Quien debe asustarme.

MARIA. ¿Y quién es?

RAM. ¡*El Rey*!

MARIA. ¿Qué importa?... No le amo.

RAM. No lo ha de creer.

MARIA. Diréle: «¡Amo á otro!»

RAM. ¿Y el régio laurel?

MARIA. Al galan desdeño;
mas respeto al rey.

RAM. Aun no eran sus años

más de dieciseis,
y á Villamediana...

MARIA. ¿Soy yo su mujer?

RAM. Si dique importuno
le sale al través,
más bravo el torrente...

MARIA. ¡No quiero entender!

RAM. ¡Pues si no me entiendes,
ya más no me ves!

MARIA. ¡Si doy esperanzas!...

RAM. Que largas te den.

MARIA. ¡Es jugar con fuego!

RAM. ¡Eso ya es temer!

MARIA. ¡Esto es avisarte!

RAM. Yo tengo en tí fe.

MARIA. Como no me faltes,
yo te seré fiel:
¡Pero mucho arriesgas!

RAM. ¿Por qué?

MARIA. ¡Soy mujer!

ESCENA IV.

BÁRBARA entra por la izquierda en el camarin, cuya puerta de comunicacion con el aposento estará abierta.

BARB. ¡Maria! (En el camarin.)

RAM. ¡Imprudente! (Á Maria.)
¿Mi secreto, á quién?...

MARIA. Á mí sola amiga;
á la Coronel...

BARB. (En la puerta secreta.)
Te busca Avendaño.

MARIA. Más tarde: despues.

BARB. Darte quiere al punto...

MARIA. ¿Qué cosa?

BARB. Un papel.

MARIA. Que espere.

BARB. ¿Y si viene?

RAM. Vete: dice bien.
(Acércase á la puerta secreta, con su llave en la mano, como para cerrarla cuando salga Maria.)

MARIA. (Acercándose á Ramiro.)
Tengo que decirte...
pronto volveré.
(Tómale la llave; entra súbito en el camarin y cierra la puerta.)

RAM. Maria, esa llave.

MARIA. Debe en mi poder
estar. (Ya en el camarin cerrado.)

BARB. No en el vuestro,
sin que ella la dé.

(Vánse las dos por la izquierda.)

ESCENA V.

RAMIRO en el aposento.

Mal seguro estoy, pues saben
mi peligroso secreto
dos mujeres, y un criado,
hombre capaz de venderlo.

ESCENA VI.

RAMIRO y CARRILLO.

CAR. (Llamando á la puerta derecha.)
¿Señor?

RAM. ¡Qué ocurre? (Abriendo.)

CAR. Que viene...

RAM. ¿Quién?

CAR. Don Antonio Coello.

RAM. Le conozco: es un hidalgo
que escribe excelentes versos,
y aun comedias con el Rey.

CAR. Dicen que está disponiendo
una nueva.

RAM. Será suya.

CAR. Solo dicen de «Un ingenio
de esta córte.»

RAM. (Como quien cae en la cuenta.)
Está entendido.
Vamos. (Haciendo que se va.)

CAR. Él llega.
(Deteniéndose ambos, entra por la derecha Coello, sorpréndese al ver á Ramiro, pero saluda disimulando.)

ESCENA VII.

RAMIRO, CARRILLO y COELLO.

RAM. Coello,
bien venido.
COELLO. Bien hallado,
señor Marqués.
CAR. (El encuentro
no les encanta.)
RAM. ¿Venis
á ensayar, sin duda?
COELLO. Cierto.
¿Y vos aquí, á prepararos
al sétimo sacramento?
RAM. No estoy casado; y aunque
tuviese algun devaneo,
me pudiera disculpar
con soberanos ejemplos;
pero es la verdad que estuve
en el campo, que ahora llego;
y, diciéndome Carrillo
que hoy se ensaya de *Un ingenio*
de esta córte una comedia,
de curioso á oirla vengo,
si no os oponeis...
COELLO. Yo no;
pero alguno...
RAM. Lo comprendo;
y me voy.
COELLO. El cielo os guarde.
RAM. (Yéndose, y precediéndole Coello, como para despedirle.)
Y á vos.
COELLO. (Retrocediendo.) Ya es tarde. *El Ingenio de esta córte.*

RAM. (Ap. á Coello y retirándose al foro.)
Pues hagámosle
buena la cara al mal tiempo.
(Sale el *Ingenio*, el *embozado* del acto primero, de negro, sin hábito, ni más adorno que una cadena de oro, con capa larga y sombrero sin plumas. Acompáñale, tambien de negro, un Gentil-hombre. Coello le sale al encuentro respetuosamente. Ramiro y Carrillo, descubiertos y recatándose, al foro, en el palco.)

ESCENA VIII.

RAMIRO, COELLO, CARRILLO, el INGENIO y el GENTIL-HOMBRE.

INGENIO. Vos, esperadme á la puerta,
y quédese el coche lejos.
(En la puerta al Gentil-hombre, que se va saludando. El Ingenio se vuelve á Coello, que estará visiblemente turbado.)
¿Qué teneis?
COELLO. (Bajo y con sumision.) Que no estoy solo.
INGENIO. (Imperioso.)
¿Así guardais mi secreto?
COELLO. Hallé al Marqués de Toral
aquí, al llegar.
(Vuélvese el Ingenio y ve á Ramiro, que se adelanta con gran respeto.)
INGENIO. ¡Ya era tiempo
de parecer! ¿Y de dónde
salis?
RAM. De la caza vengo,
Señor.
INGENIO. Famosa respuesta,
Ramiro, al futuro suegro;
pero á mí...
RAM. La verdad digo.
INGENIO. (Á Coello.)
Con Avendaño, Coello,
os entended; la lectura
que habeis de hacer, oir quiero.
COELLO. ¿Aquí, Señor?
INGENIO. Avisadme

cuando todo esté dispuesto,
que yo veré.
(Coello saluda y váse por la derecha. Tambien Carrillo. Ramiro va á seguirlos.)

INGENIO. (Á Ramiro.) Vos quedaos.

RAM. (¡Dios me proteja!) Obedezco.

ESCENA IX.

El INGENIO y RAMIRO.

INGENIO. ¿Conque del campo venis?

RAM. Si que me creais merezco.

INGENIO. ¿Teneis amores bucólicos?

RAM. ¡Cercano mi casamiento!

INGENIO. ¡Toral, vais dando en hipócrita!

RAM. Cómo, Señor, tan mal crédito
con vos alcanza mi fe?

INGENIO. Porque en palacio no os veo;
y por algo más, acaso,
que por dudoso reservo.

RAM. Señor, estos meses últimos
como novio, lo confieso...

INGENIO. ¡Pase el noviazgo! Adelante.

RAM. Al campo fuí por enfermo.
Y si me encontrais aquí...

INGENIO. Que digais la causa espero.

RAM. Saber que hoy iba á leerse
parto de divino ingenio,
una comedia famosa.

INGENIO. Cortesano sois muy diestro.
Mas: ¿Cómo ha de tener fama
desconocida?

RAM. Los hechos
son siempre como su autor.

INGENIO. Y vos un gran lisonjero.
¿Sabeis lo que aquí me trajo?

RAM. ¿La comedia?

INGENIO. Es un pretexto.

RAM. No sé entónces...

INGENIO. Lo sabreis:
mas respondedme primero.

¿Teneis en la compañia
de Avendaño amor secreto?

RAM. Yo, Señor! (Con sobresalto.)

INGENIO. (Gravemente.) Esto tratamos
caballero á caballero,
don Felipe y don Ramiro,
dos amigos.

RAM. Mi respeto...

INGENIO. Responded á mi pregunta:
os lo pido y os lo ordeno.

RAM. (Haciendo un esfuerzo.)
No tengo amores ningunos.

INGENIO. Pues me engañaron los celos.

RAM. ¡De mí celos! ¿Y por qué?

INGENIO. En mi oido ciertos ecos
sonaron...

RAM. ¿Dónde, Señor?

INGENIO. Cómo y dónde, es largo cuento.
Me engañé.

RAM. (¡Respiro al fin!)

INGENIO. Confidente y consejero
os elijo.

RAM. (¡Esto faltaba!)

INGENIO. Pues aquí, Ramiro, vengo
tras una ingrata que adoro.

RAM. En vos, Señor, lance nuevo.

INGENIO. (Con énfasis.)
Peno por la Calderona...

RAM. ¡Esa mujer!... (Afectando desprecio.)

INGENIO. Un portento
de hermosura, y en las tablas
de comediantas modelo;
y decis: «¡*Esa mujer*!»
con soberano desprecio!

RAM. ¡Señor, una comedianta!...

INGENIO. ¿Qué me importan su abolengo
y su profesion? Es bella,
es bizarra, tiene ingenio,
y si á mi amor corresponde,
que la haré *grande* os prometo.
(Maria en el camarin: dirígese á la puerta secreta y la abre con la llave.)

MARIA. ¡Ramiro! (En el camarin.)
INGENIO. ¿Quién?
RAM. (¡Dios me valga!)
INGENIO. ¿Quién os llama?
RAM. (Confuso.) No lo acierto.

ESCENA X.

El INGENIO, MARIA y RAMIRO.

MARIA. (Entrando.) ¡Ramiro!
¿Quién? (Viendo al Ingenio.)
RAM. (¡Ay de mí!)
MARIA. ¿Vos quién sois? (Al Ingenio.)
INGENIO. ¿Á quién buscais?
MARIA. ¿Qué os importa?
INGENIO. Entrando aquí,
derecho á saber me dais...
MARIA. Yo no os conozco; dejadme.
INGENIO. ¿Pues cómo en mi casa entrais?
(Ramiro, que se ha mantenido oculto á espaldas del Ingenio, hácese ver de Maria en este momento, y por señas la conjura á quo guarde silencio y no lo descubra. Ella, despues de un momento de sorpresa, que el Ingenio no ha de advertir, domínase para hablar.)
MARIA. ¡Vuestra casa! ¡Perdonadme!
Si erré entrando, ya me voy.
INGENIO. Antes, señora, aclaradme
duda cruel en que estoy.
¿Sois la bella Calderona?
MARIA. La Calderona, sí soy.
INGENIO. ¿Buscando aquí una persona
entrásteis?
MARIA. Sí.
RAM. (¡Yo deliro
de espanto!)
INGENIO. Pues ocasiona
mi duda el nombre.
MARIA. (Serena.) Ramiro.
RAM. (¡Vendióme! Al cabo mujer!)
¡Yo!

INGENIO. (Imperioso.) ¡Callad vos!
RAM. (Resignado.) ¡No respiro!
INGENIO. Este hombre conocer
debeis.
MARIA. No tal. (Despues de mirarlo fijamente.)
INGENIO. ¿Ni su nombre?
MARIA. ¿Cómo el nombre he de saber,
si nunca he visto á ese hombre?
INGENIO. (Bajo á ella.) ¿Llamábais á vuestro hermano?
MARIA. ¿Qué hay en eso que os asombre?
(¡Es el rey, Dios soberano!)
INGENIO. ¿Su nombre?
MARIA. Lo habeis oido
de mí otra vez; pero en vano.
INGENIO. ¿Luego me habeis conocido?
MARIA. La voz...
INGENIO. Pues todo lo arrostro.
MARIA. Olvidemos lo que ha sido.
RAM. Señor, con vuestra licencia...
INGENIO. Esperad.
RAM. (¡Esto en mi rostro!)
MARIA. (¡Y espera! ¡Extraña paciencia!)
Dios os guarde. (Yéndose.)
INGENIO. (Deteniéndola con galanteria.) ¡Y al cordel
me condenais de la ausencia!
MARIA. He de pasar un papel.
INGENIO. Pasadlo con el autor,
si es acaso el de *Isabel*
de Inglaterra.
MARIA. Sí señor.
Dánmelo en una comedia
(Intencionadamente á Ramiro, sin llamar la atencion del Ingenio.)
heróico ejemplo de amor.
INGENIO. Es lastimosa tragedia.
MARIA. Siendo culpada la que ama,
muriendo, el galan remedia
su desdicha, aunque él se infama.
Quien tal hace se eterniza!
INGENIO. Dió la vida por su dama.
Si en la dramática liza
os tengo por campeon,

no temo á la tornadiza
multitud.

MARIA. (Friamente.) Mi obligacion
es recitar.
(El Ingenio con sus ademanes obliga á Ramiro á que conteste, y dice muy intencionadamente.)

INGENIO. ¿Y llenarla,
tal vez hoy, dura pension?

MARIA. No trato de rehusarla... (Secamente.)

INGENIO. Persuadídmela, Marqués; (Ap. á Ramiro.)
mas cuenta con espantarla.

RAM. Discreta esta dama es,
(Muy intencionadamente.)
y sabrá que obedeceros...

INGENIO. ¡Eso es tomarlo al revés!
No mando aquí.

RAM. Complaceros,
quise decir, es debido.

MARIA. (¡De sangre de caballeros (Indignada.)
dice este hombre que ha nacido!)

INGENIO. ¿Recitareis sin violencia?

MARIA. (Señalando á Ramiro.)
El Marqués me ha persuadido;
lo haré con gran complacencia.

INGENIO. ¿Permitiréisme el ensayo?

MARIA. ¿Cómo no? ¡Con evidencia! (Mirando á Ramiro.)

RAM. (¡Y no me confunde un rayo!)

MARIA. (¡Aun sufre! ¡Sangre de hielo!)

INGENIO. ¡Más flores no tiene mayo,
que vos encantos, mi cielo!
(Ap. á Maria y con pasion.)
Pongo á esas plantas dos mundos...
¡Recompensad mi desvelo!

MARIA. ¡Señor, abismos profundos
nos separan á los dos! (Muy grave.)

INGENIO. ¡Puentes hay!

MARIA. ¡Todos inmundos!

INGENIO. ¡Si otro amor no hubiera en vos!

MARIA. ¿Qué amor?

INGENIO. ¿Será el del hermano
que os guarda?

MARIA. ¡Pluguiera á Dios!

RAM.. (¡Él nos tenga de su mano!

ESCENA XI.

DICHOS y COELLO, por la derecha.

COELLO. Señor, la tardanza es mucha;
mas falta la Calderona.
INGENIO. ¡Mirad, Coello!
COELLO. ¡Ella aquí!
INGENIO. Todo se hace por tramoya
en el teatro.
COELLO. ¡Ya entiendo!
INGENIO. Pero equivocais la glosa.
Haced sin mí la lectura,
que me apremia ya la hora
de los negocios, y es fuerza
dar lo suyo á la corona.
Llegue el coche.
COELLO. Voy, Señor. (Váse por la derecha.)

ESCENA XII.

MARIA, EL INGENIO y RAMIRO.

INGENIO. Don Ramiro, ¿haceis memoria
de la pregunta que os hice?
RAM. Sí Señor.
INGENIO. (Que ella le oiga.)
De noble á noble, Marqués,
haciéndolo caso de honra,
os pregunté si, en secreto,
de una comedianta hermosa
erais amante?
MARIA. ¡Señor!...
(Se acerca como para tomar parte en la conversacion. El Ingenio y Ramiro la miran á un tiempo; investigador el primero, alarmado el segundo. Ella entónces vuelve en sí.)
INGENIO. ¿Es que el negocio os importa?
MARIA. Es que, para retirarme,
os pido licencia.
INGENIO. Ahora

me hareis merced, si esperais:
la detencion será corta.
(Maria saluda en señal de aquiescencia.)
Respondísteisme negando:
¿es verdad?

RAM. Si vuestra boca
lo dice, ¿puede no serlo?

INGENIO. Rendimientos y lisonjas
no son del caso; respuestas
pido solo, y categóricas.

RAM. Dije que no tengo amores. (Con esfuerzo.)

MARIA. (Verdad dijiste de sobra.)

INGENIO. Yo despues os confié
que á la bella Calderona
amaba y amo.

RAM. (Con involuntario abatimiento.)
¡Es verdad!

MARIA. (¿Por qué no he nacido sorda?)

INGENIO. Os hice mi confidente.

MARIA. (¡Mercurio fuera más honra!)

INGENIO. Si por temor me engañásteis,
mi amistad os lo perdona.
Habladme ya sin rebozo:
¿Amais ó no á esta señora?
¿Ella os ama?

MARIA. (Con dignidad.) Que por sí
el *noble Marqués* responda;
por mí, para responder,
yo, señor, me basto sola.

INGENIO. Responded. (Á Ramiro.)

RAM. ¡No soy su amante!

MARIA. (¡Villano! ¡El furor me ahoga!

INGENIO. Y vos, ¿qué decís? (Á María.)

MARIA. Yo digo
que al corazon que aprisiona
este pecho, es tan soberbio,
que á rendirse en mala hora,
á un hombre que le negara,
si no estallara de cólera,
hundiera al vil en la sima
de su desprecio más honda!
Y digo que solo á Dios

escudriñar pechos toca;
y, salvo el respeto, digo
que es mi alma mia toda.

INGENIO. Y yo, que nunca leon
tuvo más fiera leona;
y que del leon de España
la compañera sois própia.

RAM. (¡Ábrete abismo, y confúndeme!)

ESCENA XIII.

DICHOS, COELLO y el GENTIL-HOMBRE.

COELLO. Señor, ya está la carroza.

INGENIO. Vos, musa de la pasion, (Bajo á Maria.)
y de nuestra escena gloria,
á cuyas plantas rendido
mi amor humilde se postra;
si os dignáreis aceptar
el corazon que os adora,
dad de ello señal, os ruego,
con lucir *aquellas joyas*
en el teatro.—Marqués,
Coello, vamos, que es hora.
(Vánse por la derecha todos, ménos Maria.)

ESCENA XIV.

MARIA.

¡Señor! ¡Señor! Esta triste
que todo el mundo abandona;
á quien vende el que en su alma
impera, aunque la destroza;
á quien el poder combate
de la más alta corona,
y camina del abismo
en la orilla peligrosa.
¿Cómo no ha de sucumbir
para su eterna deshonra,
si no la salva, Dios mio,
tu inmensa misericordia?

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARIA CALDERON.....	Sra. Romeral.
BÁRBARA CORONEL.....	Sra. Valverde.
CELESTINA.....	Sra. Garcia.
EL REY DON FELIPE IV.	Casañé.
EL DUQUE DE MEDINA DE LAS TORRES.....	Sr. Morales.
AVENDAÑO.....	Sr. Alisedo.
CARRILLO.....	Sr. Mario.
JUAN RANA.....	Sr. Zamacois.
UN TRASPUNTE.....	N. N.

Músicos y cantantes.

PERSONAS MUDAS CON ACCION.

Una Comedianta.
Cuatro Comediantes.
Un Gentil-hombre.

MUDAS EN EL ACOMPAÑAMIENTO.

La Reina.
La Duquesa de Medina de las Torres.
El Conde-Duque de Olivares.
Don Francisco de Quevedo y Villegas.
Lope de Vega.
Don Antonio Hurtado de Mendoza.
Don Antonio Coello.
Damas, Caballeros, Pajes, Guardias.

ACTO TERCERO.

PERDICION.

Jardines del conde de Monterey con parte de los del duque de Maeeda y de don Luis Mendez de Carrion, Marqués del Carpio, en el prado de San Fermin. [1] El proscenio, hasta el segundo y tercer bastidor, representará un gran cenador de forma semieircular, cubierto de ramaje y destinado en comun á los comediantes La parte de la *derecha* del actor, ha de ser la espalda del *teatro* de bastidores allí levantado; á cuyas tablas, que han de oeupar una pequeña parte de la eseena, se suba por una escalerilla de tres ó cuatro peldaños practicables. En el *teatro* mismo se verá, por el reverso, el telon, ó más bien *cortina de foro*, con puerta en medio; y detrás, hácia la escena, un espaeio eapaz para las *figuras* que allí han de estar. Á la izquierda (del actor) los camarines (rústicos tambien) para vestirse los comediantes,

1 Los jardines aquí mencionados, ocupaban próximamente el sitio que hoy las casas y jardines del duque de Villahermosa (el de Maqueda,) y del marqués de Alcañices, (el de Mendez Carrion, marqués del Carpio). El jardin de *Monterey* estaba donde hoy San Fermin y los edificios colaterales.

con sus puertas practicables ó cortinas que las suplan. De estos camarines, el más inmediato al proscenio será el de la Calderona. El cenador estará separado, por una empalizada cubierta de enredaderas y en la cual ha de haber (á derecha é izquierda) dos barreras practicables, de la parte del foro, á que se dará toda la extension posible, y que representará un magnífico jardin poblado de flores, estátuas, fuentes y frondosos árboles; todo él, así como el proscenio, profusamente iluminado con faroles de diversos colores, caprichosa y artísticamente combinados. En último término, al foro, un tablado en anfiteatro, que ocuparán los coros y músicos.

La accion pasa durante la noche de San Juan del año de 1628.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, BÁRBARA, COMEDIANTA, TRASPUNTE, AVENDAÑO. CARRILLO y CELESTINA.

Al levantarse el telon aparecen sobre el tablado Maria, Bárbara y una comedianta, las tres de sombrero y con traje de damas bizarras. Á su lado, con una comedia manuscrita en una mano y una luz en la otra, el Traspunte, atento á lo que pasa en el teatro supuesto. En el proscenio Avendaño, Carrillo (en cuerpo) y Celestina.

CAR. Esta segunda comedia
mucho agrada á los señores.
AVEND. La otra, aunque es de *Quevedo*
y de *Mendoza*, altos nombres,
llegar no puede á la nuestra,
que al cabo es obra de *Lope*!
CELEST. ¡Que en tres dias la ha compuesto!
CAR *Él* por ensalmo compone!
AVEND. Quiso el señor Conde-Duque
festejar al Rey la noche
de San Juan, en que hoy estamos;

y en contados cinco soles,
con poder y con dinero,
tiempo halló á que se transformen
en uno estos tres jardines:
del de Maqueda, del conde
de Monterey su cuñado,
y del del Carpio, que ponen
límite al Prado, enlazando
con sus árboles y flores,
de *Alcalá* y de San *Gerónimo*.
Las *carreras*. (Al Traspunte.)
¡No te emboces!
(Hace seña el Traspunte de estar atento á su oficio.)
Y en los mismos cinco dias,
ese gran teatro alzóse.
(Sale del teatro el Comediante 4.° y quédase en el tablado.)
Quien más miente medra más
escribieron los autores
que ya dije; su comedia,
que ha titulado el gran Lope
de *La noche de San Juan*,
compuso, y todo ensayóse,
y ante el Rey de entrambos mundos,
Reina, Infantes y su córte,
Vallejo, con la Riquelme,
(aunque no sin tropezones),
recitó la primer farsa...
(El Traspunte se acerca á Maria y al Comediante 4.°.)

TRASP. ¡Prevenidos!

AVEND. No equivoques
la salida.

TRASP. (Á Maria y al Comediante 4.°)
Fuera entrambos.
(Hace que les apunta. Salen al teatro Maria y el Comediante 4.°)

CAR. Despues, en los cenadores,
la colacion se ha servido;
y la córte disfrazóse
para que reyes y damas
y los contados señores,

que, por gracia ó por derecho,
el ceremonial dispone
entren aquí, gozar puedan
con libertad de esta noche
la alegría.

CELEST. ¿Y disfrazados
toda la comedia oyen?

AVEND. ¡Todos!

CELEST. ¡Extraño capricho!

TRASP. (Á Bárbara y á la Comedianta.)
Fuera las dos; y acabóse.
(Salen las dos al Teatro. El Traspunte apaga la luz, métese la comedia en el bolsillo y baja al proscenio.)

AVEND. ¿Pues ya bajas?

TRASP. Sí; se casan,
y que sus faltas perdone
le suplican al senado;
por lo cual apago y vóime.
(Váse foro izquierda.)

CELEST. ¡Esta noche poco aplauden!

AVEND. En estas régias funciones,
á estrépitosos aplausos
el ceremonial se opone.
(Sube al tablado y mira por la cortina del foro.)

CELEST. ¡Bien hayan los Mosqueteros,
y sus entusiastas voces!

CAR. ¿Y cuando alientan el silbo
sus incansables pulmones?

CELEST. Eso no va con nosotras.
(Aplausos dentro á la parte del teatro.)

AVEND. ¡El Rey mismo es el que rompe
la barrera á su respeto!
(Otro aplauso dentro.)
¡Hay tal! ¡Un ramo de flores
le arroja á la Calderona!
Otro, no sé yo de dónde,
cae á sus pies.
(Á los del teatro.) ¡La cortina!
(Óyese correr la cortina de la embocadra del teatro Bajando al proscenio.)
¡Triunfamos; nuestra es la noche!

CAR. ¡Adios!

CELEST. ¿Os vais?
CAR. Sí; la cena,
con los criados del Conde
servir debo. (Váse por la izquierda.)
CELEST. (Ap.) ¡Tú y tu amo
son dos famosos bribones!
(Salen del teatro y bajan al tablado: primero, los Comediantes 1.°, 2.°, 3.° y 4.°, todos de galanes; luego, la Comedianta, entrando los cinco en los camarines. Despues sale Maria, con dos ramos de flores en la mano, apoyándose en Bárbara, y detrás de ellas, Juan Rana, en traje de gracioso.)

ESCENA II.

AVENDAÑO, CELESTINA, MARIA, BÁRBARA, JUAN RANA.

CELEST. (Á Maria.)
Tú, como siempre, hija mia.
¡La reina!
MARIA. (Con amargura.) ¡Sí, de *histriones*!
AVEND. (Bajo á Maria y con malicia.)
¿Quién sabe? Trono más alto
no es imposible que logre
la Calderona.
MARIA. (Con dignidad.) ¡Avendaño!
AVEND. (Siempre bajo y en el mismo tono.)
¡Vaya, niña, no se enoje!
Al Rey, aunque se disfrace,
fácilmente se conoce;
y ese ramo...
(Maria vuelve la espalda á Avendaño, hace seña á Celestina, y entra con ella en su camarin.)

ESCENA III.

DICHOS, ménos MARIA y CELESTINA.

BARB. Y esos ramos,
que, en nuestra cómica troje,
son la cosecha exclusiva.

¿Está bien que así emponzoñen
dentro de casa, Avendaño,
bastardas suposiciones?

JUAN. ¡Vamos, que rendir á un Rey!...

BARB. En cuanto galan, un hombre
y no más, es el monarca.

AVEND. Quien tal galan enamore,
riqueza tendrá y poder...

BARB. ¿Y tendrá honor?

AVEND. ¡Tendrá *honores*!

JUAN. ¡*Caballero es don Dinero*!

BARB. ¡Alma teneis de alcornoque!

(Aquí comienzan la música y el coro, que han de durar lo que tarde en desfilar, por el foro, de derecha á izquierda, el acompañamiento, en la forma siguiente: 1.° Dos pajes con hachas de cera encendidas. 2.° Cuatro ó seis gentiles-hombres. 3.° Cuatro pajes con hachas. 4.° El Rey, dando la mano á la Reina; los Infantes, el Conde-duque y su mujer, Doña Maria de Guzman, su hija, de la mano de su marido, el duque de Medina de las Torres. 5.° Algunos otros grandes. 6.° Lope de Vega, Quevedo, Coello, Hurtado de Mendoza. 7.° Dos pajes con hachas. 8.° Grupo de damas; y últimamente, un piquete de la guarda española. Todos los personajes llevan medias caretas, á la veneciana.)

ESCENA IV.

BÁRBARA, AVENDAÑO, JUAN RANA, al proscenio; luego el acompañamiento, desfilando al foro.

AVEND. (Antes de empezar el coro.)
La música nos anuncia
que el Rey, su augusta consorte,
los Infantes, el Privado,
las damas y los señores,
al jardin van de Maqueda,
donde el festin se dispone.

BARB. ¡Y ya dan que hacer al eco
del coro alegres las voces!

(Comienza á desfilar el acompañamiento, y rompe el coro al mismo tiempo. Los del proscenio, acuden á la verja para ver lo que pasa.)

CORO.

«Tiene la luz del dia
miedo á esta noche:
parar el sol querria
su raudo coche;
pues más que él brilla,
mal que pese á las sombras,
sol de Castilla.»

(Durante el ritornello, el diálogo que sigue.)

AVEND. ¡Los Reyes; su gran valido.
JUAN. ¡Quevedo, Mendoza, Lope!
BARB. ¿Y aquel que lleva una dama?
AVEND. De Medina de las Torres
el *nuevo Duque* parece.
BARB. (Ap.) ¿Dónde he visto yo á ese hombre?
(Á Avendaño.)
¿Es su mujer?
AVEND. Sí, la hija
de Olivares.
BARB. (Ap.) ¿Cómo entónces?...

CORO.

«San Juan siempre es profeta
de buen agüero:
hoy un régio planeta
le hará certero:
que al mal no hay parte,
dó influyen de consuno
Venus y Marte.»

(Con la conclusion de la música y el canto, acaba de pasar el acompañamiento.)

ESCENA V.

BÁRBARA, AVENDAÑO, JUAN RANA.

JUAN. ¿No nos alcanza la cena
á nosotros pecadores?

AVEND. El marqués de Leganés,
á cuyo cargo eso corre,
se ha dignado prevenirme
que cenaremos...

JUAN. ¿Y dónde
será?

AVEND. Del marqués del Carpio
en el jardin.

JUAN. Buenos *nobles*
son los que tienen presente
que la *gente baja* come. (Váse.)

ESCENA VI.

BÁRBARA, AVENDAÑO.

BARB. Príncipe fuera mi tio
en un reino de glotones.

AVEND. Si vuestra amiga Maria
lugar más alto no escoge,
Bárbara, podeis con ella
cenar cuando os acomode;
que *bodas* son de Camacho
las que celebra esta noche.

BARB. ¿Qué bodas?

AVEND. Pues, las del Duque
de Medina de las Torres
con la hija del valido;
y su hermana, con el noble
condestable de Castilla.

BARB. ¿Fueron hoy esas uniones?

AVEND. Más há de un mes en el Pardo.
(Hace que se va y vuelve.)
Que Maria no se arrobe
con el incienso; y la dicha
que se le ofrece malogre,
que asegure su fortuna...

BARB. Á Maria no conocen
los que piensan...

AVEND. El milagro
le cuelgan, y acaso doble.

BARB. ¡Calumnia infame!

AVEND. Es posible:
pero, en fin, no hay humo donde
no hay fuego.
BARB. ¿Y aun cuando amara?
¡Ella es libre, hermosa y jóven!
AVEND. Pero es una comedianta,
galantéanla dos hombres
principales, y uno de ellos,
por más diestro que se esconde...
BARB. Yo sé que le conoceis.
AVEND. Pues no espereis que le nombre;
pero os daré un buen consejo,
aunque sé cómo se acogen.
Si al *hidalgo de Carmona*
le averiguan los amores
los suyos, ¡Ay de Maria!
Que del claustro ó de una torre
solo el Rey puede salvarla:
pensad á qué condiciones.
(Váse precipitadamente.)

ESCENA VII.

BÁRBARA.

BARB. Avendaño es descreido,
mas sabe el mundo y la córte,
y quien es ese doncel
que á mí jamás engañóme;
pero en quien tiene Maria
la fe que mueve los montes;
esa fe que al desengaño
le niega los corazones,
y que á la evidencia misma
la clara luz desconoce.
Si con riesgos la amenazo,
haré que más los provoque;
mis recelos ya los sabe;
mientras pruebas no atesore...
(¿Y pruebas, dónde las busco?)
daré en el desierto voces;
que mal, contra el sentimiento,

la más amiga se oye.

ESCENA VIII.

MARIA, en traje de calle sério y rico, CELESTINA, BÁRBARA.

MARIA. (Á Celestina.) Anda, en buen hora, á cenar.
CELEST. ¿Y la Coronel, no come
tampoco?
BARB. Tampoco, madre;
que la cena la conforte.
CELEST. Que sí hará, mediante Dios,
(Ap.) y un poco de vino aloque. (Váse.)

ESCENA IX.

MARIA, BÁRBARA.

BARB. ¡Maria! ¿Estás pensativa?
MARIA. Hallé el áspid en las flores.
BARB. ¿Qué dices?
MARIA. Que cada ramo
distinto veneno esconde.
BARB. ¿Del Rey?
MARIA. (Mostrando lo que dice.)
Esta rica joya,
y un papel que me propone,
si me la pongo, en señal
de que al suyo corresponde
mi afecto; y oculto el rostro,
mezclarme quiero á esa noble
muchedumbre... ¿Qué sé yo
lo que, en muy ocultas razones,
me ofrece de oro y grandezas
para que aquí me deshonre?
BARB. ¿Y el otro ramo, Maria?
MARIA. ¡En él, Bárbara, está el toque!
BARB. ¿Es decir que es de Ramiro?
MARIA. (¿Por qué ha de ser que le adore,
cuando, por él, no hay un dia
en que mis ojos no lloren,
mi corazon no se oprima,
y mi pecho no se ahogue?

BARB. ¡Porque á todas las mujeres
nos viene como de molde,
aquello de haber nacido
para galeras y azotes!
¿Y qué dice tu verdugo?

MARIA. No le cuadra mal el nombre.
Dice que sesenta dias
lejos vivió de la córte;
(¡Dos meses, que para mí,
fueron de penas atroces!)
Que por verme y escribirme,
á graves riesgos se expone:
¡Como si amantes pudieran
correrlos mucho mayores,
que no escribirse y no verse!

BARB. ¡Ese bribon es de bronce!

MARIA. Á la suerte echa la culpa.

BARB. De los malos pagadores
es la costumbre.

MARIA. Me pide
que las iras no provoque
del Monarca; y me promete
aquí buscarme esta noche.

BARB. ¿Y tú le vas á esperar?
¿No ves, necia, que ese hombre?...

MARIA. Ni puedo, ni quiero ver
lo que ingrato le supone;
que eso fuera anticiparme
yo misma de muerte el golpe.
Del misterio que le envuelve
temo, si el velo se rompe,
que alguna verdad descubra,
Que el corazon me destroce;
y, con los ojos cerrados,
como quien camina al borde
de un abismo, yo voy, Bárbara,
sin querer saber á donde.

BARB. ¡Temo que á tu perdicion!

MARIA. Algo sabes que me escondes.

BARB. No sé; sospecho...

MARIA. Pues calla
ó pruébame sus traiciones;

que en mi pasion solo cabe,
si no le adoro, que le odie.

BARB. Maria, ¿y del Rey que haremos?

MARIA. Sus reinos con gloria goce,
y deje á esta comedianta...

BARB. Dios haga que no se arroje
su poder á la violencia.

MARIA. Tal proceder fuera innoble;
y no lo temo en Felipe.

BARB. Irrítanle tus rigores;
y si descubre, y es fácil,
que á otro mortal le pospones,
mucho aventurais los dos;
que son los celos feroces,
y siempre á los reyes sobran
oficiosos vengadores.

MARIA. Bárbara: yo solo temo,
y de oirlo no te asombres,
la ingratitud de Ramiro;
y mientras esa no llore,
nieve seré al régio fuego,
al huracan duro roble,
y al mismo rayo seré
sacro laurel que le embote.

BARB. ¡Qué ciega temeridad!

MARIA. ¡Qué intempestivas razones!

BARB. ¡Yo espero abrirte los ojos!

MARIA. Plegue á Dios que así no ahondes
el abismo á que me lanzan
fuerzas á mí superiores.
(Mirando al foro, donde aparece Ramiro con traje diferente del que sacó al desfilar el acompañamiento, y con careta.)
¡Él es! ¡Sí: no me engañais,
amantes palpitaciones!
Déjame, amiga.

BARB. Me voy.
¡Tu ángel bueno te custodie!
(Váse por el foro derecha. Ramiro entra al mismo tiempo por la izquierda, mostrando gran recelo.)

ESCENA X.

MARIA, RAMIRO.

MARIA. ¡Ramiro del alma mia!
¡Que otra vez te vuelva á ver!
¿Cómo has podido tener
tan sin alma á tu Maria?
Que ella va siempre contigo;
y al apartarte de mí,
solo el recuerdo de tí
es lo que dejas conmigo!
Descubre el rostro á lo ménos.
RAM. ¡Aquí! Fuera temerario.
MARIA. Este sitio solitario.
Tus ojos vea serenos...
RAM. Mal lo pudieran estar,
cuando es el riesgo evidente;
que el rayo sobre mi frente
miro ya pronto á estallar.
MARIA. ¡Ramiro!
RAM. No me interrumpa
tu impaciencia. El tiempo es breve;
y á la pasion que me mueve
á que venga, á que prorumpa
en temerarios acentos,
si la detiene en su curso,
suspiro, queja ó discurso,
pudieran faltarle alientos.
Resuelto estuve á no verte
ya más; y así conviniera:
quiso el hado que te viera,
te he visto, y vuelvo á quererte.
MARIA. ¿Sí, mi bien?
RAM. Para tu mal,
y para el mio, tal vez;
que es mi pasion la embriaguez
de ruina signo fatal!
MARIA. Amémonos, y despues
de tal dicha haber gozado,
bien puede, si quiere, el hado

hundir el mundo á mis pies

RAM. Maria, tú, en los espacios
poéticos haces vida;
la mia tiene prendida
la ambicion á los palacios.

MARIA. Dame tú á mí algunas horas;
y libre luego en el resto,
estudía al privado el gesto;
¡mas *cuenta con las señoras*!

RAM. ¡Celos!

MARIA. ¡Si celos tuviera!
¡Mas de ellos me libre Dios!
Que si no, para los dos
no haber nacido un bien fuera.

RAM. ¿Llegára á tal tu delirio,
tanta fuera tu violencia
que, si á mí la conveniencia...

MARIA. ¡Hombre, demonio ó martirio,
que haces mi vida un infierno!
¡Acábate de explicar!
¡Acábame de matar!
¡No hagas mi suplicio eterno!!
¿Yo sufrirte otra mujer?
¡Yo tal infamia escucharte!
¡Huye de mí! ¡Vete! ¡Parte!
¡Y no me vuelvas á ver!

RAM. ¡Oye, Maria!

MARIA. ¡No más!

RAM. Déjame al ménos decir...

MARIA. ¿A qué, si vas á mentir?
¿Como me vengo verás? (Breve pausa.)

RAM. ¡Está bien! ¡Adios, Maria! (Otra pausa.)
¡Para siempre adios! (Hace que se va.)

MARIA. (Como á su pesar.) ¡Ramiro!
¿Te vas, y sin un suspiro!

RAM. ¡Así lo quieres, impia!

MARIA. ¿Y qué he de hacer si me vendes?

RAM. ¿Y si mal me has entendido?

MARIA. ¡Harto bien, Ramiro, ha sido!

RAM. Pues te engañas; no me entiendes.
(Ap.) Loco soy si me declaro.
suya es la culpa, si miento!

MARIA. ¿Cuál fué, pues, tu pensamiento?
RAM. ¿No lo ves, siendo tan claro?
Probar que la sumision
de tu amor sin *interés*,
tan interesada es
cual toda humana pasion.
MARIA. ¡Cómo! ¿Volver en mi daño
quieres el propio delito?
RAM. Quise lo que necesito,
y me diste: un desengaño.
MARIA. Déjate de sutilezas;
y dime á lo que has venido.
RAM. Á verte.
MARIA. Pues yo te he oido
no sé qué de tus grandezas,
y de explicar el arcano...

ESCENA XI.

DICHOS, BÁRBARA, apresuradamente por el foro.

BARB. ¡Ese lo sabrás por mí!
(Á Ramiro.) Vos, señor, idos de aquí,
que llega ya el soberano.
RAM. ¿El Rey?
BARB. El Rey.
MARIA. ¡Un disfraz
no le oculta?
BARB. Es transparente.
RAM. ¿Para vos? (Á Bárbara receloso.)
BARB. (Ap. á él.) Precisamente,
Duque, como ese antifaz.
(Ramiro imponiendo silencio á Bárbara con un gesto, echa á andar hácia el foro derecha. Al mismo tiempo cruzan por allí algunas damas y caballeros.)
RAM. Por aquí ya es imposible.
Probemos al otro lado.
(Pasa á la izquierda y tambien cruzan algunas figuras.)
¡Camino tambien tomado!
(Ap. á Maria.)
¡Celoso el Rey es terrible!

MARIA. En suma, si aquí te encuentra,
¿Qué importa?

BARB. (Desde el foro izquierda.) ¡Ved que ya viene!

RAM. ¡Mi vida en sus manos tiene!

MARIA. (Entre enojada y temerosa, tomando de la mano á Ramiro y llevándole á su camarin.)
¿Ocultarte quieres? ¡Entra!
(Ramiro entra en el camarin cerrando la puerta ó dejando caer la cortina. El Rey, con disfraz y careta, entra seguidamente en el cenador. Un embozado, que se supone ser confidente del monarca, queda en acecho entre la verja y el telon de foro, donde permanece de centinela. Maria habla bajo con Bárbara, como encargándola que no se vaya. Bárbara manifiesta consentir en ello.)

ESCENA XII.

MARIA, BÁRBARA, el REY.

REY. (Quitándose la careta y llegándose á Maria sin reparar en Bárbara, que se retira al foro.)
Libre de mi corona,
puedo un momento, ingrata Calderona,
caer desde mi alteza
rendido al esplendor de esa belleza.
Mas como el tiempo es breve
que á ser hombre me da fortuna aleve,
perdonad que, abreviando
trámites al desden y afecto blando,
os pida mi vehemencia
al pleito de mi amor final sentencia.

MARIA. Más, señor, que demanda,
parece edicto de quien puede y manda
esa, no sé si diga,
intimacion á plaza nunca amiga.

REY. ¡Nunca amiga, en efecto!

MARIA. Eso no, que leal siempre mi afecto
reverencio al monarca.

REY. ¿Por qué con el galan de amor tan parca?

MARIA. ¿Por qué, si bien mortales,
somos los dos, señor, tan desiguales?

¡Tan solo saben ellas
cómo y por qué nos rigen las estrellas!

REY. ¿Eso es decir, Maria,
que es *sino el desden* la estrella mia?
¿Tanto su fuerza influye,
y tanto es su poder que así destruye
(para mi mal prodigio,)
del cetro de dos mundos el prestigio?
La causa no es un astro:
la causa está en la tierra, y deja rastro.
Si encuentro en vos desvio...

MARIA. Al destino culpad, no á mi albedrio.
Yo de honrada blasono,
y entre las *tablas* y el excelso trono,
un abismo hay ardiente,
que salvar no me es dado honradamente.
Pongan vuestros antojos,
Señor, en otra los augustos ojos;
que de esta *comedianta*,
no ha de hollar el honor ni aun vuestra [planta.

REY. Maria, no es posible
que amor os deba hallar siempre insensible;
que no *os halló* sospecho.

MARIA. Son mios los secretos de mi pecho:
no sois mi confesor.

REY. Soy quien todo lo puede.

MARIA. (Respetuosa, pero firme.)
No, señor;
aquí *un galan*, yo *dama*,
que fueros de mujer de vos reclama.
(Reportándose.)

REY. Y no en vano habrá sido.
Yo, en cambio, una verdad no más os pido.
Salióme al paso un hombre,
Maria, en vuestra casa; luego un nombre
oí de vuestro labio
que en mi oido sonó como un agravio...

MARIA. ¿Un nombre?

REY. Sí: *Ramiro;*
y á conocerle de una vez aspiro.

MARIA. (Turbada.)
Dije ya que mi hermano.

REY. No es tal.
MARIA. ¡Señor!
REY. ¡El fingimiento es vano!
La que á su rey desdeña,
y en lances tales como aquel se empeña;
la conmigo arrogante,
cuanto yo soy con ella más amante;
y vive sin marido,
y sin amor, al ménos conocido...
MARIA. ¿Y si á casarse aspira?
REY. ¿Con su hermano? ¡Ya es clara la mentira!
MARIA. ¿Son nuestros pechos bronces?
REY. ¿Quién es Ramiro me direis, entónces?
MARIA. Vuestra porfía venza,
y pague por mi honra mi vergüenza.
REY. ¡Decid!
MARIA. ¡Señor, ya digo!
Él es...
REY. (Con violencia.)
¡No me digais que el falso amigo
de mi amor confidente,
aquel que os ha negado vos presente!
¡Su cobarde vileza,
costárale al villano la cabeza
si, como de Olivares,
yerno fuera del Dios de los altares.
MARIA. ¡*Yerno*!
REY. De mi privado.
MARIA. ¿Desde cuándo?
REY. Hará un mes.
MARIA. (Con desesperacion.) ¡Está casado!
REY. ¿Medina de las Torres
es mi rival?
(Maria vacila como si fuera á desmayarse; Bárbara, que nunca la ha perdido de vista, y desde algunos versos antes ha ido acercándose á los dos interlocutores, corre á ella y la sostiene en sus brazos.)
BARB. (Ap.) ¿Si tú no la socorres,
Señor, qué es de ella?
REY. (Á Bárbara.) ¡Cómo!
¿Dónde estoy Yo?
BARB. (Humilde.) La libertad que tomo

perdonad á mi celo.
(Señalando á Maria.)

MARIA. (Ap. á Bárbara.)
¡Rasgóse, en fin, para mi mal el velo!

BARB. (Ap. á Maria.)
¡Su riesgo se te alcanza?

MARIA. (Desprendiéndose súbito de los brazos de Bárbara, con furor reconcentrado.)
¿Su riesgo? ¡En él se cifra mi venganza!

BARB. (Ap. á Maria.)
¡Mira, que va á pesarte!

MARIA. (Mirando á la puerta de su camarin.)
¡La cabeza, villano, ha de costarte!!
(Al Rey, apartándose de Bárbara, que como instintivamente va á colocarse delante de la puerta del camarin.)
¡Señor: no tengo hermano!

REY. ¿Y que el Ramiro es un amante, es llano?

MARIA. Juróme ser mi esposo.

REY. ¿Y vuestro dueño fué? ¡Mortal dichoso,
aun con perder la vida!
¡Que la muerte le aguarda!

MARIA. ¡Merecida!
¡Mi augusto soberano:
voy el vil á poner en vuestra mano!
(Encaminándose al camarin.)

BARB. (Ap.) ¡De celos está loca!

MARIA. Aquí está.

BARB. (Resueltamente.) ¡No es verdad!

MARIA. (Iracunda.) ¡Miente tu boca!

BARB. (Ap.) ¡Ayúdame, fortuna!
(Al Rey, en ademan suplicante.)
Pésame, gran señor, ser importuna...

MARIA. ¡Á serlo mucho empiezas!

BARB. (Al Rey.)
Confesar me es forzoso mis flaquezas.

REY. Nunca fuiste una santa.

BARB. (Ap.) Mas un milagro haré de comedianta.
(Al Rey.) Al hombre á quien Maria
oculto en esa estancia suponia,
Yo, cogiéndoos la vuelta,
saqué, Señor, de este jardin resuelta.

REY. ¡Mi justicia has burlado!
BARB. Si os viera el rostro estaba perdonado.
MARIA. ¡Bárbara! ¿Y mi venganza!
BARB. Maria la dulcísima esperanza,
de que Dios nos perdone,
¿perdonar nuestro agravio no supones?
REY. (Adelantándose hácia la puerta.)
¡El camarin veamos!
BARB. (Ap.) ¡Lo crítico del lance ya tocamos!
(Alto y poniéndose delante de la puerta.)
Quien hora allí se esconde
que es mi galan prometo.
REY. ¿Quién responde
de que así no me engañas?
(Sale Ramiro, descubierto, el rostro y pálido, pero arrestado; y se arrodilla á los pies del Rey. Maria se cubre el rostro con ambas manos. Bárbara se queda como petrificada. El Rey sorprendido, mirando á Ramiro de hito en hito.)

ESCENA XIII.

DICHOS, RAMIRO.

RAM. (Arrodillado á los pies del Rey.)
¡Ramiro Nuñez, Rey de las Españas!
Que cumple á su nobleza,
cuando se os pide á voces su cabeza,
y vos quereis que caiga,
ser el mismo, señor, quien os la traiga!
Huyó de vuestro enojo,
(que del Dios y el vuestro, no es sonrojo.)
Mas, si basta su muerte,
á que desdichas pague de la suerte,
vuestra gracia perdida,
poco perder lo es ya perder la vida.
REY. Levanta ya del suelo.
RAM. ¡Señor!
REY. ¡Levanta digo! ¡Vive el cielo!
(Levántase Ramiro. El Rey permanece pensativo algunos segundos. Los demas quedan en ansiosa espectativa.)

(Como quien ha tomado ya resolucion definitiva.)
No sé quién dice verdad,
ni tampoco lo pregunto:
tal vez nos conviene á todos
que no haya luz en lo oscuro.
Galan, no rey, vine aquí;
galan pierdo ó galan triunfo,
que rey en vencer no gano,
y me humillo si sucumbo.
De lo pasado no hablemos,
yo le concedo ámplio indulto;
yerros de amor cometílos,
nunca severo los juzgo.
Mas quédome *caballero*
ya que rey á ser renuncio;
y la verdad conque trato,
con derecho, en todos busco.
Bárbara, tu corazon
es un diamante, aunque en bruto;
y yo á su bondad perdono
el engaño que presumo.
Marqués de Toral y Heliche,
Duque ademas, por mi gusto,
de Medina de las Torres,
yerno del valido sumo,
aun ayer mi confidente,
de mí rival hoy con humos!...
Rey, perdono, amigo callo:
¡mas cuenta con lo futuro!
(Bárbara y Ramiro retirados al foro. El Rey toma de la mano á Maria, se adelanta al proscenio y habla como para ella sola.)
Y vos, bella Calderona,
en quien á Dios juntar plugo
más atractivos que inventa
amante poeta iluso,
olvidad en mí al monarca;
ved solo á quien se redujo
por vuestro amor, siendo en todo
el primero, á ser segundo.
(Maria va á hablar, el Rey se lo impide blandamente.)

No me respondais tan pronto,
reflexionad un minuto.
Si á muerte me sentenciais,
no querais ser mi verdugo;
si no es vuestro corazon
á mi afecto mármol duro,
la joya os poned, y el sol
ella será de ambos mundos.
(Váse por el foro.)

ESCENA XIV.

MARIA, RAMIRO, BÁRBARA.

MARIA. (Á Ramiro.) ¡Ese amor es verdadero,
pues que vence el régio orgullo!
¡En ese amor no hay engaño,
Ramiro, como en el tuyo!
RAM. ¿Qué he de responder, Maria,
si contra mí, de consuno,
la ley de Dios se pronuncia
con los rigores del mundo?
MARIA. ¡Traidor! ¡Cuando me encontraste...
RAM. ¡Era libre, te lo juro!
MARIA. Despues cuando ya te viste
de esta infeliz señor único;
cuando toda mi existencia
á ser tuya se redujo;
cuando asentado en mi cuello
de amor contemplaste el yugo;
y ví solo por tus ojos,
y respiré por tu influjo,
y te adoré como á Dios,
siendo solo mi verdugo:
entónces, entónces, mónstruo,
como el abismo profundo
no le guarda en sus horrores,
ni Luzbel inventar pudo;
Entónces, á sangre fria,
tu villana ambicion supo
con una mano avivar
la llama en que me consumo,

y al poder y á la riqueza
vender la otra, perjuro!
¡Ya se ve! *Una comedianta*
bien puede halagar el gusto:
pero, logrado el capricho,
se desata ó rompe el nudo;
y que la plebeya víctima
del dolor sucumba á impulso,
ó ciega se precipite
del pecado al antro inmundo,
y deje aquí un nombre infame,
y allá un espíritu impuro;
¿Qué importa? ¡La culpa es suya!
¡Tuviera el alma de estuco!
¡Que amar á un *Grande* es en ella,
no eleccion, sino tributo!

BARB. (Interponiéndose entre Maria y Ramiro.)
Basta, Maria.
(Á Ramiro.) ¡Partid!

RAM. ¡Aunque tarde, ya me culpo!!

MARIA. ¡Tarde, sí, para los dos!!

RAM. ¡La ambicion escuche iluso!

MARIA. ¿Sí? ¡Pues yo de la venganza
con la sed en vano lucho!

BARB. (Á Ramiro.) ¡Partid! No la volvais loca.

MARIA. (Á Bárbara.) Tengo el juicio muy seguro,
puesto que aun no le perdí.
¡Quiero vengarme!

RAM. (Ofreciéndola su daga, y presentando el pecho.)
Desnudo
te ofrezco el pecho; en él venga
los confesados insultos.
(Maria toma la daga iracunda, Bárbara se interpone.)

BARB. Los dos estais delirando;
y yo tambien, pues tal sufro.
(Quita la daga á Maria y devuélvesela á Ramiro, que la arroja al suelo.)
Este hombre enmendar no puede
los yerros que no disculpo.
(Á Maria.) Separaos; y que el tiempo
te dé consuelo.

MARIA. Ninguno

cabe, Bárbara, en mi pena;
no lo espero, no lo busco,
no lo aceptára encontrándolo.
¡Antes avivar procuro
el dolor, porque me aliente
á herir con golpe más rudo,
la vanidad de ese hombre,
tan vano y tan sin orgullo!
Dame un manto y una máscara.

BARB. Oye ántes.

MARIA. Nada escucho.
¡Máscara y manto!

BARB. (Dándosela.) ¿Qué intentas?

MARIA. (Poniéndose el manto.)
¿Qué intento? Verálo el mundo.
(Saca la joya que enseñó á Bárbara en la escena IX, y se la enseña á Ramiro.)
¿Ves esta joya?... ¡Responde!

RAM. La veo.

MARIA. ¿Qué es?

RAM. Un carbunclo.

MARIA. ¡Piedra fatídica!

RAM. ¡Cierto!

MARIA. De ruina y venganza anuncio.

BARB. ¡La joya del Rey, Maria!

MARIA. En que mi esperanza fundo.

BARB. ¡Si te la pones te pierdes!

MARIA. (Á Ramiro.)
¿Lo entendiste?

RAM. (Con desesperacion.) ¡Ay!

MARIA. ¡Ángel puro
hallaste á la Calderona,
va á ser lo que á tí te plugo;
ángel caido!

RAM. ¡Maria!!

MARIA. (Poniéndose la joya y rechazando á Bárbara, que trata de impedírselo; y poniéndose la máscara, caminando resuelta al foro.)
¡Y escándalo de dos mundos!

FIN DEL ACTO TERCERO.

EPÍLOGO.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA ABADESA DE VALFERMOSO, 38 ó 40 años.	SRA. ROMERAL.
SOR BÁRBARA, conversa, 45 a 46 años.....	SRA. VALVERDE.
EL REY DON FELIPE IV, 40 años..	SR. CASAÑÉ.
EL DUQUE DE MEDINA DE LAS TORRES, 40 años	SR. MORALES.
DON JUAN DE AUSTRIA, 15 á 16 años.....	SRTA. GENOVÉS.
EL PADRE VICARIO, monje benedictino (barba.)...	SR. IZQUIERDO.
EL CONDE DE FONTANAR (barba.).....	SR. DIEZ.
CARRILLO, 50 años.....	SR. MARIO.

La accion pasa una mañana á mediados del mes de Marzo del año 1645, en el Monasterio de Monjas benedictinas de Valfermoso, de las monlas del Valle de Utande, en la provincia de Guadalajara.

EPÍLOGO.

REDENCION.

El teatro representa el locutorio abacial en el monasterio de Valfermoso de las monjas. Al foro, en el centro, reja doble de locutorio, con cortina por dentro; á la derecha de esa reja, torno practicable; y á su lado, pendiente, un cordon de campanilla; á la izquierda de la misma reja, una puerta pequeña, tambien practicable. Al costado derecho, una puerta grande, que se supone ser la de la hospederia; otra igual al costado izquierdo, que comunica con lo exterior. Cuadros de santos en las paredes; sobre la reja, un crucifijo con la Magdalena á su pie. Sillones y sillas de haya ó nogal, con asientos y respaldos de baqueta.

ESCENA PRIMERA.

Aparece el P. VICARIO. CARRILLO, de camino, con botas y espuelas, entra por la izquierda con dos pliegos en la mano.

CAR. Pésame, padre Vicario,
importunarle á estas horas.
VIC. Para el servicio de Dios
y del Rey, buenas son todas.

Siéntese.

CAR. No; la jornada
de Torija acá es muy corta.

VIC. Dos leguas y media cuentan.

CAR. *Valfermoso de las Monjas*
vale la pena de andarlas:
que bien *hermoso* se nombra.

VIC. En la eleccion de los sitios
tiene gracia milagrosa
la órden de San Benito,
de quien estas religiosas
y yo, su Vicario indigno,
vestimos la santa ropa.
Pero, ¿no podré saber
á qué debemos la honra?

CAR. Va mi señor, con el Rey,
camino de Zaragoza,
donde han de jurar las Córtes
al que hereda la corona;
su Majestad en *Torija*,
desde ayer tarde, reposa;
y desde allí soy mandado
á entregar en mano propia
del padre Vicario... (Muestra los pliegos.)

VIC. (Tomándolos.) ¡Vengan!
(Abre un pliego.)
De este la nema está rota?
(Mira la firma.)
De don fray Pedro de Tápia,
nuestro obispo. (Lee.) «Al bien importa
»de dos almas ..»

CAR. (Curioso.) ¡Grave el caso
paréce!

VIC. (Apartándose y ap.) ¡Lo que de él oigas
no será mucho!
(Guarda el primer pliego en la manga, y abre la segundo.)
(Ap.) El prelado:
que al obispo no me oponga.
(Á Carrillo.)
Quedo enterado. Podeis
volveros.

CAR. ¿Sin que responda?
VIC. No es menester. Si hambre tiene,
nuestra hospederia aloja
gratis á los peregrinos;
entre, daránle una lonja,
beba un buen trago y despues...
CAR. ¿Por esa puerta? (La de la izquierda.)
VIC. No; hay otra
que da al campo. Haré que encuentre
su cabalgadura pronta.
CAR. (Ap., yéndose por la derecha.)
¿Se llama este religioso
fray Fulano *punto en boca*? (Váse.)

ESCENA II.

El VICARIO.

¡Esta gente de librea
peca siempre de curiosa!
Cumplamos con la obediencia,
aunque á la verdad me asombra...
Pero el obispo es un santo,
y causas tendrá de sobra
cuando lo ordena. Del coro
ya habrán salido las monjas.
(Tira del cordon pendiente junto al torno, y suena dentro una campana pequeña.)
Este *locutorio* es
para la abadesa sola:
la conversa que la asiste
será la que me responda.

ESCENA III.

El VICARIO, SOR BÁRBARA, dentro, al torno.

BARB. ¡Ave Maria!
VIC. (Al torno.) ¿Sor Bárbara?
BARB. ¡Padre Vicario!
(Pasa á la reja, corre la cortina, y habla desde allí.)
¿Á estas horas?

VIC. ¿Acabó el coro?
BARB. Acabóse:
digo, acabó para todas,
ménos la madre Abadesa.
VIC. ¿Aún reza?
BARB. ¡Sí; reza y llora!
VIC. ¡Siempre lo mismo! Doce años
lleva ya de religiosa,
y vive como novicia.
No tuvo gobernadora
más capaz el monasterio;
propios y extraños la adoran;
pero, como el primer dia,
en la soledad se engolfa,
y si el deber no la ocupa,
al pie del altar solloza.
BARB. Yo, que estoy siempre con ella,
sé que á sus labios no asoma
la sonrisa, sino cuando
se mortifica á sí propia
sin piedad, por culpa agena.
VIC. Dígala que se disponga
hoy á servir al Señor,
hermana, en extraña forma.
(Saca uno de los pliegos, lo pone en el torno y da á este la vuelta.)
En esa carta verá
que la obediencia es forzosa;
y el toque de esa campana
la advertirá de la hora.
Vaya con Dios.
BARB. Obedezco.
(Pasa al torno, toma el papel, y con él en la mano, y disponiéndose á correr lo cortina dice: «Obedezco.»)
VIC. ¡Espere! (Detiénese Bárbara en la reja.)
Como estas cosas
fuera del órden comun,
Dios sabe cómo se glosan,
que guarde bien el secreto
encargue á la superiora.
BARB. Así lo diré.
VIC. Pues vaya,

que ya no hay tiempo de sobra.
(Bárbara, saludando, corre la cortina y váse.)

ESCENA IV.

El VICARIO, vuelve al proscenio.

¡Huyes del mundo en el claustro,
infeliz ó pecadora:
mas él su presa reclama
con títulos de tu historia!
Que lo pasado nos sigue
como á los cuerpos su sombra,
como á la tierra, del mar
la furia siempre invasora;
y, si, por gracia de Dios,
la enmienda final no estorba,
el santo dolor del alma
con su recuerdo emponzoña.

ESCENA V.

El VICARIO, D. JUAN, FONTANAR.

Entran, por la izquierda, D. Juan y el conde de Fontanar, ambos con botas y espuelas.

FONT. ¿El padre Vicario?
VIC. Sóilo.
FONT. Pues á mí el conde me nombran
de Fontanar.
VIC. (Saludando.) ¡Bien venido!
(Hablan los dos ap.: D. Juan, viendo que no le atienden, se sienta.)
JUAN. ¡Á la cuenta mi persona
no es del caso!
VIC. (Ap. á Fontanar.) Entónces, Conde,
si la celda os acomoda...
FONT. Digo que sí. (Ap. al Vicario.)
VIC. (Ap. á Fontanar.) Bueno es verla.
FONT. ¡Si permitis! (Á D. Juan.)
JUAN. (Picado.) ¿Ceremonias?
FONT. Es vuestra *serenidad*...

JUAN. (Con enojo.) Necesítola y no poca,
para vivir como vivo,
medio *señor*, medio ilota;
reverenciado en palabras,
esclavizado en las obras.

VIC. ¡Señor Conde, el tiempo vuela!

FONT. (Á D. Juan.) Perdonad que no os responda:
todavia, para hacerlo,
quien puede vénia no otorga.
Aquí os servid de esperarme,
que he de ver dónde os alojan.

(El Vicario y Fontanar, saludando á D. Juan, se van por la derecha.)

ESCENA VI.

D. JUAN.

¡Vaya en gracia! Antes quisieron
regalarme una corona...
de clérigo... Rehuséla,
por amor á lanza y cota:
¿Querrán cortarme los vuelos
encerrándome entre tocas?
(Riéndose.) ¡Pase, si es con las novicias!
(Reflexivo.) Para que no fuese á Troya,
disfrazó á Aquiles *su madre*
de doncella. ¿En una *flota*,
no me ha dicho Fontanar
que á las británicas costas?...
¡Tal vez mi madre! ¡Insensato!
¿Olvidas así que ignoras
tus padres, y que eres fruto
del crímen ó la deshonra?
¡Ay! ¡Por mucho que te encumbres,
en tu blason, negra sombra,
la *barra de bastardia*
será rémora á tu gloria?
¿Qué razon hay, qué justicia
para que á mí se me imponga
pena, por culpa en que está
mi inocencia tan notoria?

¡Siempre que en esto discurro
la razon se me trastorna!
¡Y ese Fontanar no viene!
¿Por qué así me deja á solas?
(Pasea por el locutorio con agitacion.)
¡Es triste este locutorio!
¡Su silencio me acongoja!
(Repara en el cordon de la campanilla.)
¡Ése cordon! La campana
debe ser.
(Tira del cordon con fuerza, suena la campana.)
¡Eslo, y sonora!
¡Aunque al través de esos hierros
veré al fin humanas formas!
¡Amortajadas ó no,
mujeres son estas monjas!
(Acércase á la reja, y volviendo la espalda á la puerta de la derecha, mira atentamente adentro, como esperando á que se corra la cortina. Ábrese sin ruido alguno la puerta de la derecha (foro), y salen por ella, en hábito religioso, Bárbara descubierta, y la Abadesa con el velo echado.)

ESCENA VII.

D. JUAN, LA ABADESA, SOR BÁRBARA.

ABAD. (Al paño.) Aunque es en santa obediencia
tiemblo!
BARB. (Al paño.) ¿No es el locutorio
del convento?
ABAD. (Al paño.) No es clausura.
(Reparando en D. Juan.)
¿Pero quién? (Vuélvese D. Juan confuso.)
BARB. ¡Un lindo mozo!
ABAD. (Á D. Juan.)
¿Sois vos á quien se me ordena?...
JUAN. (Turbado.) ¡Yo, señora!...
ABAD. (Grave.) Lo supongo;
que ni estuvierais aquí,
ni llamarais, á ser otro.
JUAN. ¡Hermana!

BARB. (Con énfasis.) *¡Madre Abadesa!*
JUAN. Madre Abadesa: aquí solo
me dejaron... Ví el cordon...
Respondió el bronce sonoro.
Vinisteis... Si en esto hay mal,
perdonadme.
ABAD. (Con dignidad) Sí perdono;
con Dios quedad. (Yéndose.)
JUAN. ¡Cómo, madre!
¿Ya se va?
ABAD. (Con suavidad.) Cumplo mis votos,
hijo.
JUAN. *¡Hijo á mí!*
ABAD. (Disculpándose.) Si es llaneza...
JUAN. ¡Grata sorpresa, no enojo
fué oir esa dulce voz,
darme un nombre que no oigo
siglos ha!
ABAD. ¿No teneis madre?
JUAN. No sé.
ABAD. ¿Pues cómo?
JUAN. Lo ignoro.
ABAD. ¿Vuestro padre no os ha dicho?
JUAN. ¡Si no sé quién es tampoco!
ABAD. (Conmovida, ap. á Bárbara.)
¡Bárbara!
BARB. (Ap. á la Abadesa.) ¡Valor, Maria!
¡El muchacho es como un oro!
JUAN. ¡Perdonad! ¡Lleno está el vaso
y en amargura reboso!
ABAD. (Sentándose desfallecida.)
¡Hablad, que hay eco en mi alma
para los dolores todos!
JUAN. Hablaré: mas antes, madre,
merezca veros el rostro.
ABAD. No sé si debo...
BARB. (Ap. á ella.) ¡Es un niño!
(La Abadesa se descubre, D. Juan la contempla en éxtasis)
JUAN. ¡Qué hermosa! ¡Mas estoy loco,
ó yo os he visto!
ABAD. ¡Imposible!

Vuestra edad...

JUAN. (Con importancia.) Si vivir logro
tres semanas, cumpliré
diez y seis años!

BARB. (Ap.) El cómputo
es ese: al cuarenta y cinco,
del veinte y nueve...

JUAN. ¡Ya el bozo
sombra viril le da el labio!

BARB. (Ap.) ¡Con la cresta sueño el pollo!

ABAD. ¿Qué teniais que decirme?
(Siéntase D. Juan en un taburete á los pies de la Abadesa; Bárbara se apoya en el respaldo del sillon que aquella ocupa.)

JUAN. ¡Madre, que de placer lloro
cuando os escucho; y si os miro,
enagenado me arrobo!
¡Que, como os veo, en mis sueños
he visto al ángel custodio!

ABAD. ¡Son quiméricos ensueños!
¡Orad, hijo!

JUAN. ¡En vano imploro
al cielo! Siempre un recuerdo,
relámpago en tenebroso
horizonte me persigue,
y una voz doliente oigo...

ABAD. ¡Ay de mí!

JUAN. ¡Sí: ¡*ay de mí*! dice,
y con ese acento propio!
¡Ay de mí! cabe mi cuna;
¡ay de mí! en el doloroso
supremo instante en que, apenas
capaces de ver mis ojos,
la ví por la vez postrera!
¡*Ay de mí*! dice en son bronco
el huracan. ¡Ay de mí!
gime el aura en leve soplo!
Y ¡*ay de mí*! repite un eco,
de mi pecho en lo más hondo.

ABAD. (Profundamente conmovida.)
¡Niño! ¡Sois un visionario!
(Ap.) ¡Bárbara! estoy en el potro.

BARB. (Ap. á ella) ¡Será *él*?
ABAD. (Ap. á Bárbara.) ¡Hay que saberlo!
(Á D. Juan.)
Pero quién sois aun ignoro.
JUAN. ¿Y lo sé yo por ventura?
Recuerdo vago, remoto,
conservo de una mujer,
dije mal, ángel hermoso,
á quien yo *Madre* llamaba;
llegó un dia, grato al odio,
en que á su pecho estrechándome
deshaciéndose en sollozos,
¡hijo, adios! ¡Ay de mí! dijo;
y efímero meteoro
desparecióse!
ABAD. (Ap. á Bárbara, con angustia.)
¡Él es, Bárbara!!
JUAN. De sus brazos pasé á otros
desconocidos. De entónces,
con esmero misterioso,
en Ocaña me ha criado
Benavente, conde há poco
de Fontanar. Él me dice
que espere cuanto ambiciono;
pero yo: «*Nací bastardo:*
¿qué he de esperar?» le respondo.
ABAD. ¡Esperad en Dios!
JUAN. ¡Ay, madre!
ABAD. ¿Á qué vinisteis?
JUAN. Al polvo
no pregunteis por qué vuela
de los vientos al antojo.
ABAD. (Con efusion.)
¡Don Juan!
JUAN. (Con asombro.) ¿Vos sabeis mi nombre?
BARB. (Ap. á la Abadesa.)
¡Te vendiste!
ABAD. (Ap. á Bárbara.) ¡Es que me ahogo!!
(Á D. Juan.)
Lo dijisteis.
JUAN. ¡No recuerdo?
ABAD. Pues ¿á no decirlo, cómo

lo supiera yo?

JUAN. (Convencido.) ¡Es verdad!

BARB. (Ap.) ¡Inocente!

ABAD. (Conmovida.) Es Dios piadoso,
Don Juan; nadie llega en vano,
contrito, al pie de su trono;
y si escucha al delincuente.
¿Cómo temeis que sea sordo
para vos, de quien *nacer*
el grave pecado es solo?
¡Orad al Señor! ¡Rogadle
juzgue misericordioso
á *la* que, al daros el ser,
condenó el suyo al oprobio;
y si algun dia su nombre
del vuestro ois en desdoro,
no la maldigais, don Juan!

JUAN. ¿Cómo, si á Dios hice voto
de adorar siempre á mi madre?

BARB. (Con efusion.)
¡Santo voto! ¡Noble mozo!

ABAD. (Humilde.)
¡Dios os bendiga!—¡Partamos! (Á Bárbara.)

JUAN. ¿Tan presto?

ABAD. (Con dulzura.) ¡Me aguarda el coro!

JUAN. ¡Rogad por mí!

ABAD. (Sin poder contenerse.) ¡Como siempre!

JUAN. (Asombrado .)
¡Siempre!

ABAD. (Ap á Bárbara.) ¡Vámonos y pronto,
ó faltando á mi promesa,
¡*hijo* le llamo, y me nombro!

VIC. (Dentro y á la izquierda.)
Aquí, señor.

REY. (Dentro.) Ya os seguimos.

ABAD. (Ap. y con asombro.)
¡Esa voz... yo la conozco!

(Éntranse por la puerta de la derecha, foro, la Abadesa y Bárbara; esta, con el dedo en la boca, encarga á D. Juan el silencio. Cerrada esa puerta, entran por la izquierda el Vicario y Fontanar, acompañando al Rey y al Duqne de Medina de las Torres, de camino

entrambos, con botas y espuelas, y en traje elegante de la época; pero como simples caballeros.)

ESCENA VIII.

El REY, el DUQUE, el VICARIO, D. JUAN, FONTANAR.

REY ¿Aquel? (Á Fontanar, mirando á D. Juan.)
FONT. Sí, señor.
REY. Galan
parece.
FONT. Y con altos brios.
REY. ¿Tiene ingenio?
FONT. Bien aprende.
REY. ¿Buen cristiano?
FONT. Á Dios sumiso.
REY. ¿Dócil?
FONT. ¡No á todos, ni en todo!
REY. ¿Tiene valor?
FONT. No hay peligro
que tema.
REY. (Ap.) ¡Como su madre!
¡Oh, si mis dudas disipo!
¡Venid acá! (Á D. Juan.)
JUAN. (Sin moverse.) ¡El hombre es llano!
FONT. (Á él.) Don Juan, ¿pues no habeis oido?
JUAN. Perfectamente.
FONT. ¿Y no vais?
JUAN. Ya lo veis.
REY. ¡El barbi-lindo
humos tiene!
JUAN. ¡Y tiene espada!
REY. ¡Aun no asamos!...
JUAN. (Empuñando.) ¡Vive Cristo!
(Fontanar y el Duque, alarmados, se llegan á D. Juan como para contenerle; el Rey, sonriéndose, les hace seña de que se aparten, y ellos obedecen. D. Juan observa lo que pasa, sin comprenderlo; pero con serenidad.)
REY. ¡Qué me placen esos fuegos!
Don Juan, seamos amigos.
(Tendiéndole la mano.)

JUAN. (Cediendo á las súplicas que con sus ademanes le hace Fontanar, dá su mano al Rey.)
¡Como os plazca!

REY. ¿Sin rencor?

JUAN. No lo tengo, pues no riño.

REY. Así cumple á un caballero.

JUAN. Presumo que lo he nacido.

REY. Obrad como tal; seréislo.

JUAN. ¡Dios sabe que á serlo aspiro!

REY. Bien está.—Padre Vicario. (Ap. al Vicario.)
¡Recibísteis del Obispo
las órdenes?

VIC. Recibílas,
Señor, y las he cumplido.

REY. ¿La Abadesa?

VIC. Aquí vendrá
de esa campana al aviso.
(Mostrando el cordon.)

REY. Llevaos á Fontanar
y á don Juan.
(Llama Fontanar y le dice ap.) Nadie á ese niño
diga quién soy; yo, en su caso,
se lo diré. (Á D. Juan.) ¡Adios, amigo!

JUAN. Amigo, adios.

REY. Si nos vemos
otra vez, que no lo afirmo
ni lo niego, habeis de ser
un poco ménos altivo.

JUAN. ¡Eso el tiempo lo dirá!

REY. Y no ha de tardar un siglo.
(Vánse por la derecha el Vicario, Fontanar y D. Juan, el segundo reconviniendo á su pupilo por su irreverencia con el Rey, y D. Juan siempre entero.)

ESCENA XI.

El REY, el DUQUE.

REY. ¿Qué os parece este don Juan?

DUQUE. De su sangre es todo digno.

REY. ¿De su sangre?

DUQUE. Por su padre.

REY. (Variando de tono despues de una breve pausa.)
¿Sois *muy noble*, don Ramiro?
DUQUE. Soy *Guzman*.
REY. ¿*Guzman el Bueno*?
DUQUE. Ese es, señor, mi apellido.
REY. ¡Carga llevais en el nombre!
DUQUE. Señor, con vuestro permiso,
la verdad es que no entiendo...
REY. ¡Que no me entendais permito,
y aun deseo!
DUQUE. ¡Es un *enigma*!
REY. Y vos que no sois Edipo,
sin duda no adivinais
cómo os veis restituido,
tras larga ausencia ó *destierro*,
á mi favor; ni el motivo
de venir yo aquí de incógnito,
y de traeros conmigo?
DUQUE. Sé que es honra, y reverente
con gratitud la recibo.
Mas no pregunto.
REY. ¡Eso sí!
¡Cortesano siempre fino!
DUQUE. ¡Y leal!
REY. ¡Salvo en un punto!
DUQUE. ¡Señor, mi fe!
REY. Al dios Cupido,
cuando en nuestras mocedades
culto idólatra rendimos,
quizá y *sin quizá*, me hicisteis...
DUQUE. ¡Doloroso sacrificio!
REY. ¿Completo?
DUQUE. ¡Sin restriccion!
REY. Esa es mi duda, Ramiro;
y vengo á aclararla aquí.
DUQUE. Cómo, señor, no adivino.
REY. ¿Creeis en las *conversiones*?
DUQUE. Por la gracia del ungido.
REY. Yo tambien, y vais á ser
de que las creo testigo.
(Tira del cordon, y suena la campana.)
DUQUE. No alcanzo...

REY. *¿La Calderona*
condenasteis al olvido?
DUQUE. No, señor; mas nadie sabe
cuál pueda ser su retiro.
REY. ¡Tal vez ha muerto!
DUQUE. ¡Infeliz!
(Ap.) ¿Á qué este recuerdo impio?
(Por la puerta de la derecha, foro, salen la Abadesa con el velo echado y Bárbara cubierta.)

ESCENA X.

El REY, el DUQUE, la ABADESA, BÁRBARA.

ABAD. (Reconociendo al Rey se le arrodilla.)
¡Señor!
REY. (Levantándola.) Alzad, y ese velo.
(Levántase la Abadesa el velo.)
ABAD. Os obedezco.
DUQUE. (Con asombro.) ¡Qué miro!
BARB. (Ap. reconociendo al Duque.)
¿La ha de perseguir este hombre
hasta el cementerio mismo?
REY. ¡Maria!... *Madre Abadesa*,
si vengo á este santo asilo,
si de pasados deslices
oso hablar en su recinto,
Dios sabe y vuestros prelados,
que el solo fin á que aspiro
es no imponer á inocentes
pena de agenos delitos.
ABAD. No más, señor: os entiendo.
REY. ¿Cómo así?
ABAD. Porque *le he visto*.
REY. ¿Sin mi licencia, señora?
ABAD. La Providencia lo quiso.
Estaba solo; el cordon
tiró *el pobre* inadvertido;
oí la campana, vine...
REY. ¿Quien sois, quien es le habeis dicho,
faltando á vuestra palabra?
ABAD. ¡Lo que os ofrecí cumplílo!

Supe callar!

REY. ¡Valor fué!

ABAD. ¡Años ha me sacrifico!

REY. Otro sacrificio aun,
mas el postrero, os exijo.

ABAD. Pronta hallareis mi obediencia.

REY. No mando, señora, pido
que hablemos de lo pasado.

ABAD. ¿Gran señor, ante testigos?

REY. Al fin que procuro, así,
madre Abadesa, es preciso.

ABAD. ¡Pero el Duque! (Dolorosamente.)

REY. (Con firmeza.) Es necesario.

ABAD. ¡Dios lo quiere! ¡Me resigno!

REY. Maria, yo os adoraba;
mi vida fué un paraiso
con vestro amor cuatro años...

ABAD. ¡Que son mi eterno cilicio!
¡mi afrenta! ¡No *cuatro años*,
de escándalo *cuatro siglos*,
que se han de alzar contra mí,
señor, en el postrer juicio!
¡Cuatro años la *Calderona*
ostentando lujo indigno;
y todo un rey á sus plantas,
presa de loco delirio!
¡Los dos mundos que regis
sujetos á su capricho!
¡Y mi reina, *vuestra esposa*,
tuvo, señor que sufrirlo!

REY. ¡Al morir nos perdonó!

ABAD. ¡Dios se lo pague á su espíritu!

REY. Oidme ahora...

ABAD. Señor:
recordarme habeis querido
lo que soy, para humillarme;
merézcolo y me anticipo
á vuestra voz, confesando
que, si bien duro el castigo,
mis culpas...

REY. ¡Más lo son mias,
y tengo mi merecido!

Tuve un privado que fué
fomentador de mis vicios;
medraron él y los suyos,
perdiéronse mis dominios;
y tarde acudí, muy tarde,
á ser mi propio ministro!
¡Cataluña se revela;
Portugal ya se ha perdido;
España es pobre, y América
vierte en ella plata á ríos;
apenas si de mis reinos
me queda ya el *reino lírico*!
¿Quereis más? ¡Si yo os perdí,
duro es tambien mi suplicio!

ABAD. ¡Yo os tengo ya perdonado;
así Dios haga lo mismo!

REY. Al separarnos, Maria...

ABAD. Buscasteis pretexto inícuo:
pero fué mi salvacion:
vuestra injusticia bendigo.

REY. El hábito que vestis,
la penitencia que admiro,
de que hablais verdad responden:
mas yo hallé un hombre escondido
cierta noche en vuestra casa,
y aunque la suerte no quiso
le viera el rostro... (Vuélvese súbito al Duque.)
¡Por Dios,
que ese hombre eras tú, Ramiro!

DUQUE. (Respetuoso, pero resuelto.)
¡Sí, señor; que ya negarlo
fuera cobarde delito!

REY. (Severo, á la Abadesa.)
¿Lo ois, señora?

DUQUE. La amaba,
señor, y correspondido,
antes que la vierais vos.
¡No fuera el que es su destino,
á ser yo tan buen amante
como vasallo rendido;
y á no inmolar, torpemente,
á mi ambicion su cariño!

Con el Rey no osé luchar;
su hija me dió el Valido;
caséme, y *ella*, en venganza,
fué vuestra, y ya más no quiso
saber de mí. Perseguida,
codiciando el bien perdido;
compré una dueña; en su casa
penetrar logré furtivo:
así me hallasteis; y juro
por mi honor, que verdad digo,
como si ya en la garganta
tuviera el postrer suspiro.

REY. ¡Por lo que en oirte gano,
te perdono lo sufrido!

DUQUE. ¡Oh, señor! ¡Otro perdon
más que el vuestro necesito!

ABAD. Duque, á Dios se lo pedid,
que ha tiempo teneis el mio.

REY. ¿Y yo, señora, merezco
cuando á esas plantas me humillo?
(Quiere arrodillarse á sus pies, ella se lo estorba.)

ABAD. La rodilla, rey de España,
doblad solo al Crucifijo;
yo á sus plantas renuncié
con pecho firme y contrito,
odios y amores que fueron
las fuentes de mis delitos,
cuando de manos del que hoy
llena el solio pontificio,
el hábito recibí
de mi padre San Benito.
Mis culpas lloro; si agravios
me hicieron, yo los olvido.

REY. ¿Nada alcanza mi poder
que á vuestras penas dé alivio?

ABAD. ¡Sí señor! Un solo efecto
mundanal, el pecho mio
conserva, y conservará
mientras viva. Afecto lícito,
santo afecto...

REY. (Al Duque.) Haced que venga
don Juan.

ABAD. ¿Cómo?
REY. Os adivino,
y os devuelvo la palabra.
ABAD. ¿Con que puedo?...
REY. ¡Á vuestro arbitrio!
ABAD. ¡Señor! ¡Señor! ¿Tanto bien
á sujeto tan indigno?
(Entran por la derecha D. Juan y el Duque. El Rey hace seña al último de que se retire, y él se va.)

ESCENA XI.

LA ABADESA, BÁRBARA, el REY, D. JUAN

ABAD. ¡Hijo!
JUAN. ¿Señora?
REY. ¡Es tu madre!
JUAN. (Cayendo á sus pies asombrado.)
¡Mi madre!
ABAD. ¡Ven hijo mio!
¡Ven, que te estrechen mis brazos!
(Abrázale apasionadamente.)
JUAN. Pero ¿es verdad ó deliro?
ABAD. ¿No te dice el corazon
que de este seno has salido?
JUAN. ¡Desde que oí vuestra voz,
todo mi ser me lo dijo.
Sí, sois mi madre! ¡Sí sois!
¡Madre tengo! ¡Dios bendito!
REY. Y *padre* teneis, don Juan.
JUAN. ¿Quién sois?
(Pausa. La Abadesa mira al Rey con ansiedad. Don Juan altivo.)
ABAD. ¿Señor?
REY. Sí, decídselo.
ABAD. (Á D. Juan, pero siempre mirando al Rey con zozobra.)
¡Nuestro Monarca!
JUAN. (Con profundo respeto y arrodillándose.)
¡Señor!
Perdonadme que atrevido...
REY. ¡Decidlo *todo*! (Á la Abadesa.)

ABAD. (Con profunda emocion.) ¡*Tu padre*!
JUAN. ¡Jesus!
REY. (Levantándole del suelo y abrazándole.)
¡En mis brazos, hijo!
ABAD. ¡Señor: de mi redencion
tanta dicha es claro indicio!
¿Cómo podré yo pagar
favor tan inmerecido?
REY. (Á D. Juan.)
¡*Don Juan de Austria* os llamais!
JUAN. ¿El nombre, señor, del ínclito
varon que venció en Lepanto?
ABAD. No os desvanezca su brillo,
que breve fué y desdichada,
la vida del hombre invicto.
¡Don Juan! ¡Don Juan. Como él
de una culpa habeis nacido,
y si *rey* es vuestro padre,
de *comedianta* sois hijo.
El mundo, si en alto os mira,
podrá juzgaros impio;
procurad, obrando bien,
que bien os juzgue el *Altísimo*!
REY. ¡Vuestros consejos le ayuden!
JUAN. ¡De mi nombre hacedme digno!
ABAD. ¡Hijo! Con mis oraciones
seguro estad que os asisto,
mas hoy, *por última vez*,
atiendo á cosas del siglo.
JUAN. ¡Madre!!
REY. ¡Maria!
ABAD. (Apartándose de ellos y retirándose al foro.)
¡No más!
El *adios postrero* os digo,
que exige la penitencia
la soledad y el retiro.
(Á D. Juan.)
¡Ama á tu madre! (Al Rey.) ¡Nosotros,
perdon, Felipe, y olvido!
(Ya en el umbral de la puerta del foro, que Bárbara, dentro, tiene abierta.)
(Con ternura.)

¡Adios hijo!! ¡Adios Señor! (Con firmeza.)

JUAN. (Con ansiedad.)
¿Para siempre?

ABAD. ¡No, hijo mio!
Nos volveremos á ver
mediante el favor divino...

JUAN. ¿Dónde?

ABAD. ¡Donde *Magdalena*
es santa: á los pies de Cristo!

(Éntrase. Bárbara cierra la puerta, D. Juan, que ha corrido como para evitarlo, cae de rodillas ante el crucifijo. El Rey, que hizo tambien ademan de detener á la Abadesa, queda suspenso contemplando enternecido un instante á D. Juan, á quien irá á levantar del suelo al caer el telon.)

FIN DEL EPÍLOGO.

Examinado este excelente *drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.*

Madrid 21 *de Octubre de* 1867.

El censor de teatros,

NARCISO S. SERRA.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	Viuda de Ibarra.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Aviles.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartnmeus y I Cerdá.
Bejar.	P. Lopez Coron.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	J. Valiente.
Cádiz.	V. Motillas y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. María Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres.
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Ginli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Figueras.	M. Alegect
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y J. M. Zamora.
Guadalajara.	R. Onana.
Habana.	M. Lopez y Compañia.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno:
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	R. Carrasco.
Logroño.	P. Bricba.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Malaga.	J. G. Taboadela y F. de Moya.
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D, Santolalia.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Ponteredra.	J. Buceta Solla y Comp.
Pricgo (Córdoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. María.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez,
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	R. Martinez.
S Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Sanlúcar.	J. de Oña.
San Sebastian	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz.
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I. Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	A Juan.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerias de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.